

La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1907

NÚM. 1.341



EN EL ABREVADERO, obra de Constantino Meunier
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El fruto sembrado*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Obras de Reinoldo Begas.* — *De Marruecos.* — *Barcelona.* *Bolsa del Trabajo.* — *Una innovación en el deporte náutico.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *Problema de ajedrez.* — *La reina del prado*, novela ilustrada (continuación). — *El oro en el Banco de Inglaterra*, por Carlos Ince.

Grabados. — *En el abrevadero*, obra de Constantino Menier. — Dibujo de Cutanda que ilustra el artículo *El fruto sembrado.* — *La Pintura.* — *Neptuno.* — *Monumento á Alejandro de Humboldt*, obras de Reinoldo Begas. — Lámina compuesta de ocho grabados fotográficos referentes á los sucesos de Casablanca. — *Muley Hafid, proclamado sultán de Marruecos.* — *El diamante «Cullinan» el mayor del mundo*, que el Parlamento del Transvaal ha acordado regalar al rey Eduardo VII de Inglaterra. — *Carrera automobilista Pekín-París.* *Salida de Cormier y Collignon de Compiègne.* — *Robespierre, Danton y Marat*, cuadro de Alfredo Loudet. — *El vagabundo*, cuadro de Juan Baluschek. — *Barcelona.* *Bolsa del Trabajo.* — *Una innovación en el deporte náutico.* *Nueva canoa.* — *Banco de Inglaterra.* *Balanza para pesar las monedas de oro.* — *Fundición de oro en las refineras.* — *Extracción de las barras de oro depositadas en los sótanos.* — *Catastrofe ferroviaria en Coutras, en la línea de París-Burdeos.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hablaban delante de mí, hace pocos días, de que los criados de servir van imitando á los obreros y asociándose, á ejemplo suyo, para los fines de cooperación y resistencia. Yo encuentro bien que cada cual haga, dentro de la ley, todo lo que le convenga ó pueda mejorar su estado y condición. No seré, pues, quien censure el hecho de asociarse, considerándolo perfectamente lícito. Lejos de encontrar malo que los sirvientes se asocien, creo que debieran también constituir legalmente otra asociación los amos; y esta idea no se me ha ocurrido después de leer ningún libro sociológico, sino una obra recreativa, pero amarga y pesimista hasta los tuétanos: las *Memoires d'une femme de chambre*, de Octavio Mirbeau.

Mi idea no llegará á cuajar nunca, porque yo no tengo humor propagandista, y la burguesía (tomo ahora la palabra *burguesía* en el sentido de clase social que emplea gente en servirse) parece muy indiferente á los beneficios de la asociación. El día en que se persuadiesen de la enorme fuerza que representa y desarrolla el unirse para un fin (para un fin honrado, naturalmente) quizás se aunasen y es incalculable lo que podrían hacer en todos sentidos: el benéfico, el educativo y también el de saneamiento del hogar, en el cual no debieran admitirse gérmenes de podredumbre. Es cierto que en muchos lugares existen esos gérmenes, dentro de la propia familia; pero eso no es fácil de cortar, ni hay manera de prevenirse contra ello. El padre que tiene la desgracia de que un hijo le salga vicioso, corrompido, malvado, hará más ó menos esfuerzos para corregirle, pero no puede impedir que sea su hijo, carne de su carne; el lazo existe, no se sueña en romperlo, es la viviente realidad. El elemento de corrupción que á veces lleva un sirviente, es en cambio facilísimo de eliminar; pero lo elimináis de vuestra casa, y se agarra á la del vecino; y así, recorriendo etapas, va viciando atmósferas—porque no hay medio de prevenir el contagio, ni se ha discurrido un sistema eficaz de acordonamiento que aisle el mal. Ese acordonamiento lo establecería, en gran parte al menos, la asociación de los amos.

No debería esta asociación tener por objeto ni restricciones caprichosas de salarios, ni exigencias de aumentos de labor. Al contrario, los asociados deberían adoptar, espontáneamente, tipos de remuneración y condiciones de trato en armonía con la equidad. La asociación, entendida así, resultaría moral y benéfica, y de ningún modo se parecería á una institución de guerra y pugna de clases. El fin de saneamiento, la ventaja positiva de los asociados—pero ventaja cuya importancia dejo á la consideración de todo el que tenga mediano criterio—consistiría en que, mediante la asociación, el que recibiese bajo su techo á un sirviente sabría autorizadamente sus antecedentes, su capacidad, y no estaría en el caso (que es el caso en que hoy verdaderamente estamos todos) de abrir la puerta de la calle y dejar entrar al primero que pasa, introduciéndole en la más estrecha intimidad familiar, teniendo al lado á todas horas, en circunstancias tales, que honra, hacienda y vida se encuentran á su disposición, como lo estaría una fortaleza á la del enemigo que secretamente en ella se colase. He aquí lo dramático que hacen resaltar las

susodichas *Memoires d'une femme de chambre*: que contra un servidor admitido en una casa no hay defensa, no hay escudo, sino la propia moralidad de ese servidor; y si inadvertidamente habéis acogido á un criminal (como el bien retratado *Joseph* de la novela), estáis á merced suya, y la noche menos pensada realizará sus propósitos, se llevará lo que le acomode, hará de vosotros lo que le plazca.

La costumbre de los *informes* responde á esta necesidad de enterarse de los antecedentes del servicio, pero era de una ineffectividad pueril. Además, hasta tan leve precaución va cayendo en desuso. Los solicitados para que informen salen del paso con una frase vaga, abstracta, inspirada unas veces en el miedo á comprometerse, otras en la idea profundamente anárquica de «allá ellos, que se las compongan.» Hay quien da informes buenos de un sirviente que sabe que es malo, sólo por «fastidiar» á determinada familia. «Ya lo probarán, que lo prueben, que peleen con él...» Y el género averiado, del sexo masculino ó del femenino (que casi es peor), rueda de familia en familia, de hogar en hogar, transmitiendo sus dobles contagios físicos y psíquicos, picardeando á los demás sirvientes todavía honrados, poniéndoles cátedra y escuela de podredumbre, á favor de la sombra de la ignorancia, que es como la sombra material de la noche, terreno abonado para todas las empresas equívocas. Esto lo graba admirablemente, con ácidos corrosivos, Mirbeau, cuyo libro debiera meditar, porque encierra un problema social.

Los *informes* nada resuelven. Se refieren únicamente á un limitado período de la *carrera* doméstica: el tiempo que un sirviente permanece en una casa. Y este tiempo va siendo cada día más corto. Los servidores que duran en una casa diez, doce, quince años, hasta veinte—¡yo tengo de estos rarísimos fénices dos parejas!—van escaseando. Un instinto de inquietud y de merodeo aguijonea á los sirvientes, llevándoles de la Ceca á la Meca en busca de la colocación ideal, donde dan de comer, vestir, dormir, ropa limpia y propinas, médico y botica, además del salario, por no trabajar ni obedecer. Ellos mismos se avergüenzan de este continuo zascandileo, y cuando se les pregunta, sólo citan el nombre de los señores á cuyo lado se detuvieron un poco. Reconozcamos que el servir tiene mucho de penoso, y que, circunstancialmente, puede hasta ser penosísimo. Yo lo comprendo. Sin embargo, de todo oficio, de toda labor, de todo trabajo, en suma, cabe que digamos lo mismo. El obrero vive, en general, mucho peor que el sirviente, y el obrero aprende su oficio durante un plazo de tiempo en que nada gana, mientras que el sirviente tiene por maestro al amo burgués, que le paga porque aprenda. Son excepcionales y hasta fenomenales los sirvientes que entran en su profesión sabiendo lo más rudimentario que la profesión exige. Como que la Asociación de amos que yo fantaseo debería contar entre sus fines el de fundar un colegio ó universidad para sirvientes, donde se hiciesen estudios en toda regla, se expidiesen certificados, y se licenciase y doctorase, pero en serio, á los que después tuviesen asegurado el pan para toda la vida. Un buen servidor, en efecto, un servidor competente y docto, no debe temer la terrible *cebolla* que reduce á la miseria á tanto obrero. Un buen servidor es á cada momento más solicitado, dentro de nuestra civilización complicada y egoísta. Se envidian las doncellas hábiles, las contadas cocineras que saben su obligación, los cocineros *possibles*, los ayudas de cámara expertos, los mozos de comedor *bien stylés*, que no incurrir en continuas torpezas, las niñeras que tienen asomos de vulgares conocimientos higiénicos y se preocupan de la salud y seguridad del niño... He aquí una de las razones que impiden que sea asimilable el obrero al sirviente. De sirviente á sirviente va mucha mayor diferencia que de obrero á obrero. La labor del obrero tiende á la unificación, la del sirviente á la diferenciación: es una labor de carácter individual.

Los colegios que yo sueño para sirvientes, se costearían con las matrículas, aunque éstas fuesen modestas, en relación con el escaso peculio de los alumnos ó colegiales. Y es más: creo que los amos debían rascarse algo el bolsillo para ayudar al sostenimiento de tales colegios. Sería preferible dedicar mensualmente una pequeña cuota á esta obra pía, que dedicar todos los días muchas horas á rabiarse y perder la paciencia ante la absoluta ignorancia de las cosas más sencillas de su oficio, que se observa en el cincuenta por ciento (y me quedo corta) de los servidores. Pasarse la vida enseñando cómo se enciende un fósforo, cómo se hace la limpieza, cómo se dobla una prenda de ropa á fin de que no coja arrugas, cómo se le limpia una mancha, cómo se cuelga, cómo se ponen en agua unas flores, cómo se sirve una mesa, cómo se hace esto, aquello, lo otro, y hasta cómo se habla y en qué tono de voz, es infinitamente más

molesto que abonar una cantidad para que todo esto lo traigan aprendido.

He oído decir que, en otros países, la escuela inculca en general (no en lo particular de cada rama del servicio) todas esas nociones que pueden llamarse *humanas* y cuya deficiencia se nota dolorosamente aquí. Las ideas de higiene son tal vez las que más convendría divulgar entre el servicio; y no por conveniencia de los amos, sino en primer término de los mismos servidores. Puedo citar un caso, ocurrido á una señora que conozco, en demostración de esto que voy diciendo.

La señora vivía en el campo, y por una de sus fachadas la casa caía á una era de labranza, rodeada de un foso donde crecía la hierba. Repetidas veces había advertido la señora á las sirvientas que se abstuviesen de desocupar las aguas de los cubos de los lavabos por la ventana, como lo hacían por evitarse el pequeño trabajo de llevarlos un poco más lejos. No hicieron caso y por la ventana siguieron vaciándolas, á espaldas del ama, naturalmente. Bajo la hierba del foso fué formándose un charquillo, remansado, que ni se veía. Sobre ese charquillo revolaron algunos mosquitos. Y por espacio de tres años, la fiebre tifóidea se apoderó de la casa, escogiendo primero sus víctimas entre el servicio, que ofrecía menos resistencia á la infección, por tener menos hábitos de aseo. Al adoptarse severas medidas para que no se reprodujese el vaciado de aguas por la ventana, la fiebre desapareció. No pudo gritar más alto la naturaleza al hombre: «No se juega conmigo.»

Un pedagogo eminente me decía: «Es más fácil obligar á los niños á que estudien, que lograr que jueguen, con juego sano y físico, algún tiempo.» De los sirvientes puede asegurarse que es más fácil obligarles al trabajo que les exigimos para nosotros, que al que debiéramos exigirles para su propio bienestar. Barrerán nuestra habitación, y no barrerán la suya; limpiarán nuestro calzado, y no concebirán que deban limpiarse cuidadosamente sus propias botas; prepararán diariamente nuestro baño, y no les entrará en la cabeza la conveniencia de coger agua caliente, esponja, jabón, y fregarse todo el cuerpo. ¡Bah! Son fantasías de señores, caprichos de gente desocupada, que se divierte en chapotear en el agua por puro recreo. Hay que prestarse á semejantes antojos, pero no imitarlos. Nada más difícil que persuadir á un sirviente á que tenga orden, cuide su salud, que es su único capital, cosa su ropa, se abrigue, se mude, se acueste temprano y no permanezca de tertulia en la cocina ó en el *office*, entre vahos de comida y aire viciado por la luz artificial y la respiración. Existe en los servidores, como nota Mirbeau perfectamente, un espíritu de imitación de la vida de sus amos, mas no en lo que tiene de racional, sino justamente en sus peores aspectos.

Es evidente que en esta cuestión de la domesticidad se encierra un problema moral, ó si se quiere inmoral... Pero ¿hay algún aspecto de la vida social humana que no lo encierre, que no encierre varios? Yo no veo, por otra parte que, como algunos pretenden, la domesticidad sea la forma actual de la servidumbre antigua. Lo que caracterizaba al siervo era el arraigo, la estabilidad: el siervo tenía su señor, y nacía y moría bajo su mando y ley. Al contrario, al doméstico, por lo menos al doméstico en la época presente, le caracteriza la inestabilidad, el paso incessante de una casa á otra, abuso de una libertad que indudablemente posee, pero que, entendida mal, perjudica en primer lugar al que la disfruta. En la Edad Media hubo una clase de monjes llamados *girovagos* que no paraban en ninguna parte y que acabaron por ser despreciados de todo el mundo, como gente ociosa, inquieta y dañina. ¿Cuántos sirvientes hay que no padezcan de esa enfermedad de la *girovagancia*? Estrenando siempre casas, desflorando únicamente el conocimiento de los medios domésticos, no llega á establecerse nunca entre ellos y los señores ese lazo de cordialidad, esa corriente humanísima de confianza y afecto, que tan pronto se establece entre el perro y el amo, sencillamente porque ninguno de los dos está de mala intención; porque sus almas (permítaseme esta impropia expresión, Descartes creía que los animales son autómatas y Víctor Hugo los calificaba de *sombras*), sus almas, digo, se encuentran impregnadas de algo que es bondad, que es simpatía. El odio, la mala fe, la hostilidad constante, son en bastantes casos la base de esta relación forzosa, íntima y continua del criado y el señor, en un mismo domicilio, calentados por el fuego de un mismo hogar... Y esto es quizás lo más inmoral de la cuestión y lo que hace deseables esos grandes mecanismos, esas cocinas generales para todo un barrio, que existen en Norte América, según se cuenta, y que suprimirán el hogar tradicional y clásico.

EMILIA PARDO BAZÁN.



La marquesa reclinada en un butacón, enflaquecida y aviejada

EL FRUTO SEMBRADO

I

El patio del castillo de los marqueses, vieja morada del siglo XVII, con su perímetro de pórticos sostenido por columnas y su galería superior acristalada de arcos de medio punto. Todo el patio con esa pátina amarilla y venerable que dan los años a la piedra. Custodiadas por sus perreros con traje de pana, polainas de cuero y sombrero tirolés con pluma de gallo, dos trallas de lebreles que dormitan al sol de la mañana se rascan o se desperezan. Varios caballos de silla sujetos del diestro y por parejas por palafreneros que con la otra mano empuñan la dorada trompa de caza, advirtiéndose claramente cuáles son los corceles de los amos en la mejor estampa de la cabalgadura y en la mayor finura de su sillín. El portero de la casa, de levitón verde y gorra de plato, que se ha venido a la reja de la cancela atraído por la curiosidad, y su hijo, un jovenzuelo de diez y seis años, de semblante avispado y despierto.

PORTERO (á su hijo).—¡Buen día les hace para correr liebres! La mañana es de escarcha y por tanto serena. ¡Pobres sembrados, tan tiernos como están ahora!

HIJO.—¡Pero no se meterán por ellos!

PORTERO.—Todo será que la liebre se meta; que si se mete, ¡adiós cebada ó adiós trigo! En primer lugar, todos los cazadores se ciegan cuando persiguen una pieza, y luego, ¡qué saben estos señores de esas cosas! Unas cuantas espigas dobladas, ¡bah! Con pagar una indemnización, listos.

HIJO.—¡Y todo esto costará un dineral!

PORTERO.—Calcula, ahora son siete personas las que han venido á alojarse al castillo para esta partida. Luego los gastos de mantenimiento del personal, los perros, los caballos. Y un jaco que se le rompe una pata ó que se estrella y un galgo que se revienta. Y sin contar lo que suben las vituallas escogidas que todos los días vienen de Madrid por el tren para los huéspedes.

HIJO.—¡Será muy fuerte la fortuna de los señores!

PORTERO.—Muy fuerte es, ¡pero tanto tirar de la cuerda!

Dos perros que regañan y á los que ponen paz los criados, interrumpen el diálogo; pasados unos instantes se reanuda, y el joven exclama, como siguiendo el hilo de una idea fija:

HIJO.—¿Y crees tú, padre, que obtendré esa pensión para ir á estudiar á la Universidad?

PORTERO.—Yo se lo diré á la señora marquesa, que es muy buena y muy caritativa y muy amable. El señor marqués también es bueno, ¡pero es tan serio y tan brusco! En fin, allá veremos. ¡Ah! Ya bajan los amos. ¡Oh! ¡Los señores!..

con gran algazara de los lebreles, que rompen á ladrando saltos á las cabezas de los potros. Y al cabo salen todos del castillo en revuelto y estruendoso alud.

II

El marqués y la marquesa en el despacho del primero, en el castillo, una amplia habitación de muebles de roble, con un gran ventanón al campo. La marquesa, con sus cincuenta años, de noble y bondadoso rostro, insiste cerca de su marido para que conceda al chico del portero la pensión de estudios de que le tiene hablado varias veces, conociéndose en la cara aburrida y cansada con toda suerte de cansancios físicos y morales, el fastidio con que escucha á su esposa.

MARQUESA.—Es una obra de caridad, Jorge, y se trata además de un antiguo servidor de la casa...

MARQUÉS (bostezando).—María, tú eres muy buena, pero te pones insoportable con tus sensiblerías y tus sentimentalismos. Probablemente se tratará de un zagalote lleno de pretensiones de listo.

MARQUESA.—¡Pues dicen que lo es!

MARQUÉS.—¡De seguro que su propósito será ir á la Universidad!

MARQUESA.—Sí, creo que quiere seguir la carrera de Derecho.

MARQUÉS.—¿Lo ves? Un abogadito más. ¡Así que tenemos pocos en España! Y mientras, la Agricultura olvidada. Precisamente el año pasado hice yo un discurso sobre ese tema en el Senado. (Con ufania y recalando las presuntuosas frases.) ¡Menos títulos y más arados! Sobre que todos esos legistas que salen de las últimas capas se convierten á la larga en enemigos nuestros; todos son socialistas rabiosos. Hasta por instinto de conservación debo negarme á amantarse esa futura culebra.

MARQUESA.—Eres injusto y ofendes á Dios hablando así y adelantándote á unos sucesos que todavía no han ocurrido. ¿Quién te dice á ti que ese muchacho habría de convertirse en un enemigo?

MARQUÉS (con amargura).—¡La experiencia!

MARQUESA.—¿De modo que te niegas en redondo á señalarle esa pensión?

MARQUÉS.—No te ofendas, pídemelo lo que quieras, ya sabes que tus deseos son órdenes para mí; pero en ese particular no puedo complacerte. Es una cosa contra todas mis convicciones y principios. ¡Zapatero á tus zapatos! Si ese chico quiere aprender un buen oficio, diamantista, ebanista, por ejemplo, dispuesto estoy á ayudarle; pero carrera, no.

MARQUESA (con acento triste).—¡Cuánto siento tu tenacidad y tu obstinación! Pues bien, sea como quieras; respeto tus escrúpulos aunque no esté conforme con ellos, y como no pienso lo mismo que tú, te participo noblemente mi propósito de ayudar á ese muchacho en lo que pueda de mi bolsillo particular.

El portero da el aviso asomándose al patio, poniendo en alarma á hombres y animales, y á poco, por la gran escalera de mármol, ellos con levitas y gorras rojas, calzón blanco y botas de jockey, y ellas con largas amazonas, descienden el marqués, su hijo único y los huéspedes, varias damas y caballeros elegantes, montando todos á caballo, empuñando los jinetes las trompas y poniéndose á tocar con brio,

MARQUÉS.—Nada tengo que decir sobre ese designio, en el que reconozco una gran generosidad. Y ahora (cogiendo de una papelería torneada un sobre blanco y sacando de él un pliego) he aquí la Real orden de Estado concediéndome mi reingreso en el Cuerpo diplomático. No han podido despachar el expediente más de prisa. Y puesto que es asunto que á ambos nos interesa, desearía que habláramos y que con tu exquisito talento—no me des las gracias, justicia seca—me aconsejaras la plenipotencia que creas más conveniente. Las vacantes son Constantinopla, el Cairo, Viena...

III

Han pasado cuatro años. La galería alta de la Universidad llenándose de sombras en un atardecer caluroso de junio. Ha habido exámenes todo el día y el tribunal se halla calificando; mientras los alumnos, agrupados á la puerta del aula, esperan el fallo de sus jueces fumándose pitillo tras pitillo, los que han conestado bien con cara de pascua y los dudosos del semblante lleno de incertidumbre. Un joven delgado y descolorido recibe las enhorabuenas del pelotón, rehusándolas.

UN ALUMNO (al joven).—¡Hombre, no seas melón! Si hay algún sobresaliente indiscutible es seguramente el tuyo.

OTRO ALUMNO.—Tiene razón López; te calzas la nota.

UN TERCERO.—Ya la mojarás, ¿eh?

EL JOVEN.—No adelantéis los sucesos. Ya sabéis que en los exámenes libres siempre impera un criterio más riguroso, y en la tercera pregunta he dejado de contestar á un epígrafe...

UN ALUMNO (probable suspenso).—Vamos, hombre, que te calles. Lo que sabes tú es más Derecho que todo el tribunal junto. ¡Mira qué poco te dejaron hablar! Como que si hablas, por lo menos al secretario le das el gran revolcón en los pleitos de menor cuantía. ¡Son unos chambones!

OTRO ALUMNO.—¡Es verdad! Después de todo, maldita la gracia que tiene saber una asignatura que se está explicando toda la vida. Trabajo de noria. ¡Y aun así no la saben!

UN TERCER ALUMNO (sacando un pitillo).—¡Fumemos mientras tanto! Como dice Alarcón, la vida es un cigarro.

TODOS.—¡Aquí está la lotería!

Acaba de abrirse la puerta de la cátedra y aparece el bedel, gorra en mano y en la otra un puñado de papeletas de examen, que le arrebató el más resuelto de los muchachos, saliendo de estampía, como un gamo rodeado de perros y encaramándose sobre un banco para leer las notas.

ALUMNO (cantándolas en alta voz).—Juan López, sobresaliente; Pedro Pérez, aprobado; José Rodríguez, aprobado; Luis Ramírez, suspenso...

Lee todas las notas, comentando graciosamente el desmoche y burlándose él mismo de sus propias calabazas, y descendiendo de su improvisada tribuna, se hunde en el grupo, que echa escaleras abajo.

UN ALUMNO (á otro).—¡Un solo sobresaliente!

OTRO ALUMNO (contestándole).—¡Y merecidísimo! ¡Y aún me parece poco! Es un chico que ha hecho un examen brillantísimo.

EL PRIMER ALUMNO.—¿Quién es ese muchacho? ¿Le conoces?

EL SEGUNDO.—No le trato, pero me han contado su historia. Es hijo de un viejo portero de casa grande, que sirve en no sé qué castillo de unos marqueses. Parece que le protege la marquesa.

EL PRIMER ALUMNO.—¡Pues tiene por delante un gran porvenir!

EL SEGUNDO.—¡Así lo creo! ¡Ea! ¡Que sea enhorabuena por tu aprobado!

EL PRIMERO.—¡Lo mismo digo!

IV

El cuarto de un hotel de primer orden en Madrid, cuarto caro, en el piso principal, con balcón á la calle y dos habitaciones alhajadas con lujo, aunque con el anodinitismo peculiar de todas las fondas. La marquesa reclinada en un butacón, enflaquecida y aviejada, una profunda tristeza en sus ojos, en todo el semblante las huellas de un dolor continuo. A su lado, con las señales de la más honda preocupación, su hijo, un joven en el rostro del cual se observan los estragos de la crápula.

MARQUESA.—¡Cuánto tarda tu padre! ¡Estoy que no vivo hasta que oiga de sus labios la última impresión del abogado! ¡Qué vergüenza y qué mancha para nuestro apellido! ¡Verte tú en el banquillo de los acusados; tú, á quien yo he criado en el más santo temor de Dios! ¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido condescender á figurar como testigo de ese supuesto testamento?

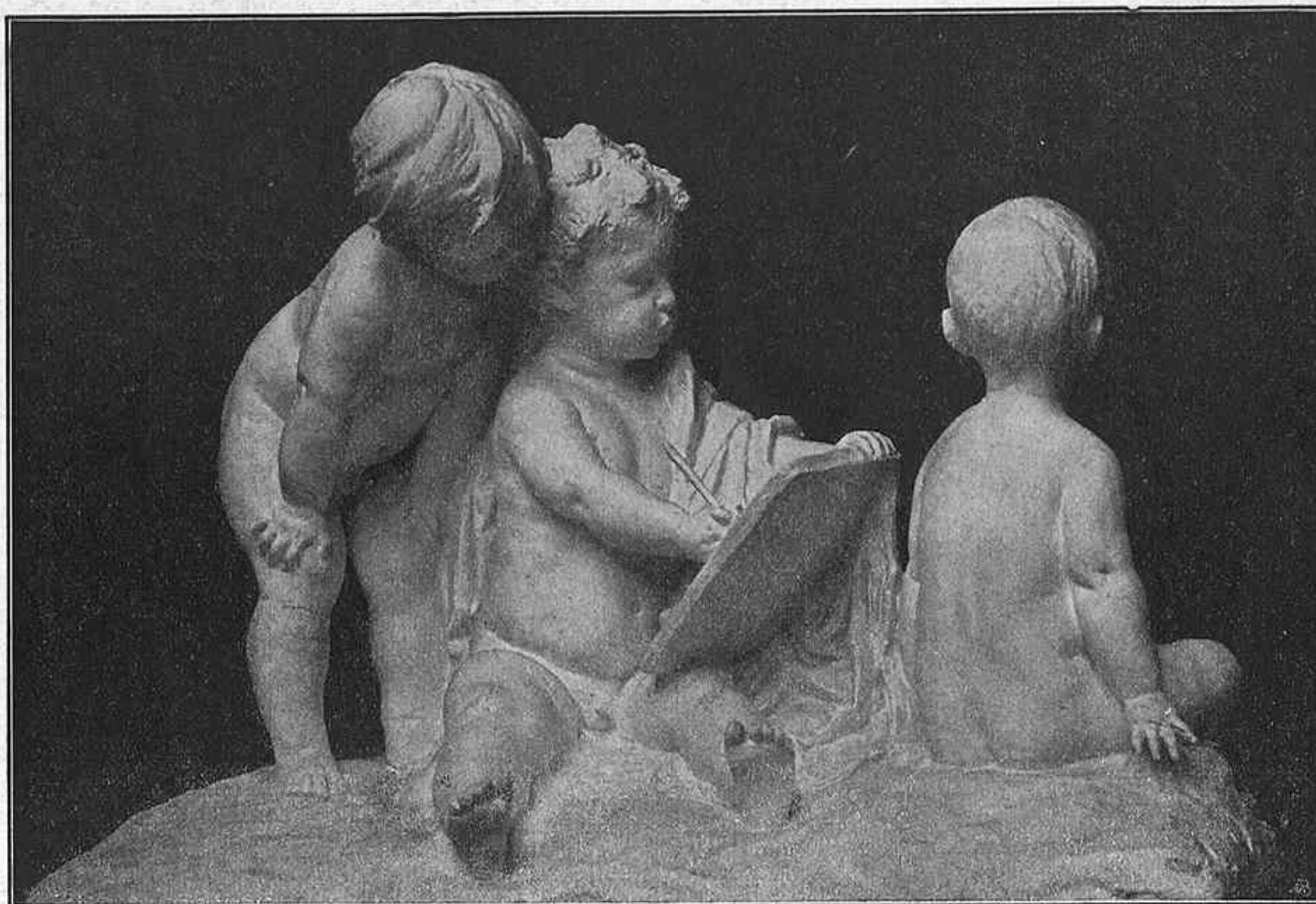
Hijo.—¡Mamá! ¡Me partes el alma con tus lamentaciones, créeme! En mí ha habido ignorancia, pero no mala fe. Yo soy una cabeza loca, lo comprendo, mas no un criminal. Vino ese amigo en un momento para mí de verdadera crisis; yo le había pedido dinero y me lo dió, rogándome en cambio que me prestara á figurar como testigo. Firmé como en un barbecho, sin enterarme, ¡se trataba de un antiguo condiscípulo! ¡Como ves, una gran ligereza! Yo confío en que el abogado sabrá poner esto de relieve con la ayuda de Dios. Es un hombre de clarísimo talento y de elocuente palabra, goza

quilizaos! El abogado cree, casi responde de que saldrá bien.

MARQUESA.—¡Dios mío de mi alma, que no se equivoque!

turas tuyas que en esta página publicamos. La delicadeza del grupo infantil que representa la Pintura, la grandiosidad y originalidad del grupo principal de la fuente del palacio real de Berlín, y la severidad y armonía del monumento á Humboldt, son cualidades que saltan desde luego á la vista y no hay necesidad de que la crítica llame sobre ellas la atención de los que las contemplen.

Nació Reinoldo Begas en Berlín en 15 de julio de 1831 y recibió su educación artística primero en la Academia de Bellas Artes de aquella capital y luego en los talleres de Wichmann y Rauch. Una de sus primeras obras, un grupo en yeso que representaba á *Agar é Ismael*, llamó poderosamente la atención de la crítica; poco después, Begas pasaba, como pensionado por la Academia, á Roma, en donde ejecutó multitud de notables estatuas en mármol. A su regreso, establecióse en su ciudad natal, hasta que en 1860 fué nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar. En 1862 renunció á aquel puesto y volvió á Roma, en donde estuvo cuatro años; en



La Pintura, grupo escultórico de Reinoldo Begas

V

El día de la vista por la tarde, en el cuarto del hotel y en el momento en que el marqués entra en la habitación seguido de un joven pálido y grave que se queda discretamente en la puerta.

MARQUESA (precipitándose á su marido como loca).—¿Qué?

MARQUÉS (estrechándola contra su pecho y con gran alegría).—¡Absuelto! ¡Pero asómbtrate! ¿A que no sabes quién ha defendido á nuestro hijo, con una elocuencia que no se olvidará nunca en la casa de canónigos?

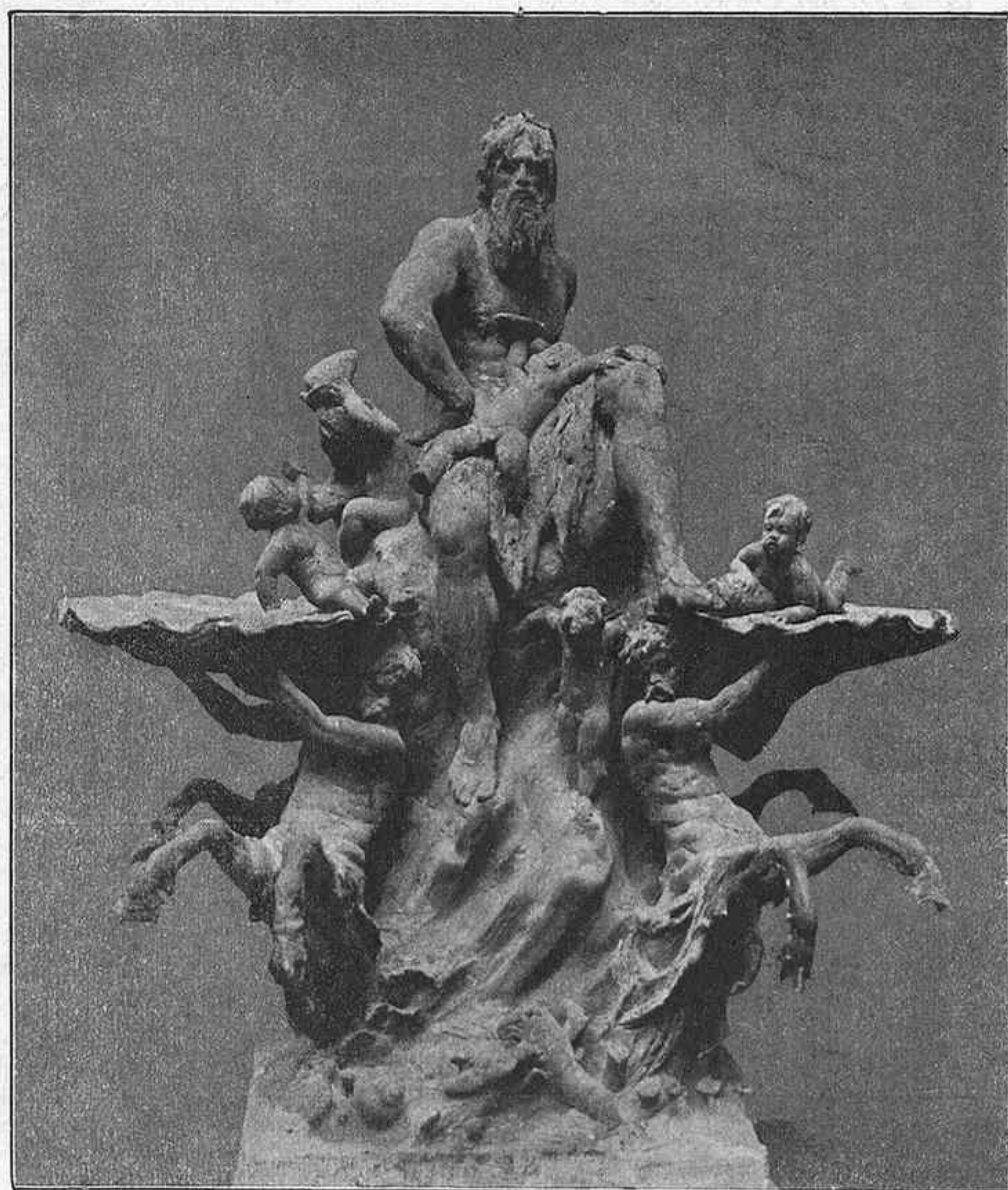
MARQUESA (estupefacta).—¿Cómo? ¿No le ha defendido?..

MARQUÉS (interrumpiéndola).—No, se lo ha impedido una indisposición repentina; le ha defendido uno de sus pasantes, este joven, que es una verdadera lumbre del porvenir y que es... ¡el hijo de nuestro portero del castillo!

JOVEN (adelantándose y con acento conmovido).—¡Que ha procurado así pagar una santa deuda contraída con la señora marquesa!

MARQUESA (con transporte).—¡Él! ¡Él! (A su marido). ¿Te acuerdas? (Elevando las manos al cielo). ¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu bondad!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.
(Dibujo de Cutanda.)



Neptuno, grupo principal de la fuente del palacio real de Berlín, boceto de Reinoldo Begas

tama de polemista, ha sido dos veces ministro, y como quiere mucho á papá, es seguro que agotará todos los recursos que la ley le consiente.

MARQUESA.—¡Dios te oiga! ¡Ah! ¿Oyes? ¡Suenan pisadas en el pasillo! ¡Es tu padre! ¡Le conozco muy bien!

Precipitase á abrir y entra, en efecto, el marqués, también muy cambiado de rostro, pero con la animación reflejada en sus facciones.

MARQUÉS (adelantándose á la pregunta).—¡Tran-

OBRAS DE REINOLDO BEGAS

En el número 1.330 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo en el que estudiábamos la personalidad de ese eminente escultor, considerado con justicia como el primero entre los alemanes. No hemos, pues, de repetir lo que entonces dijimos ni de señalar las bellezas de las tres escul-

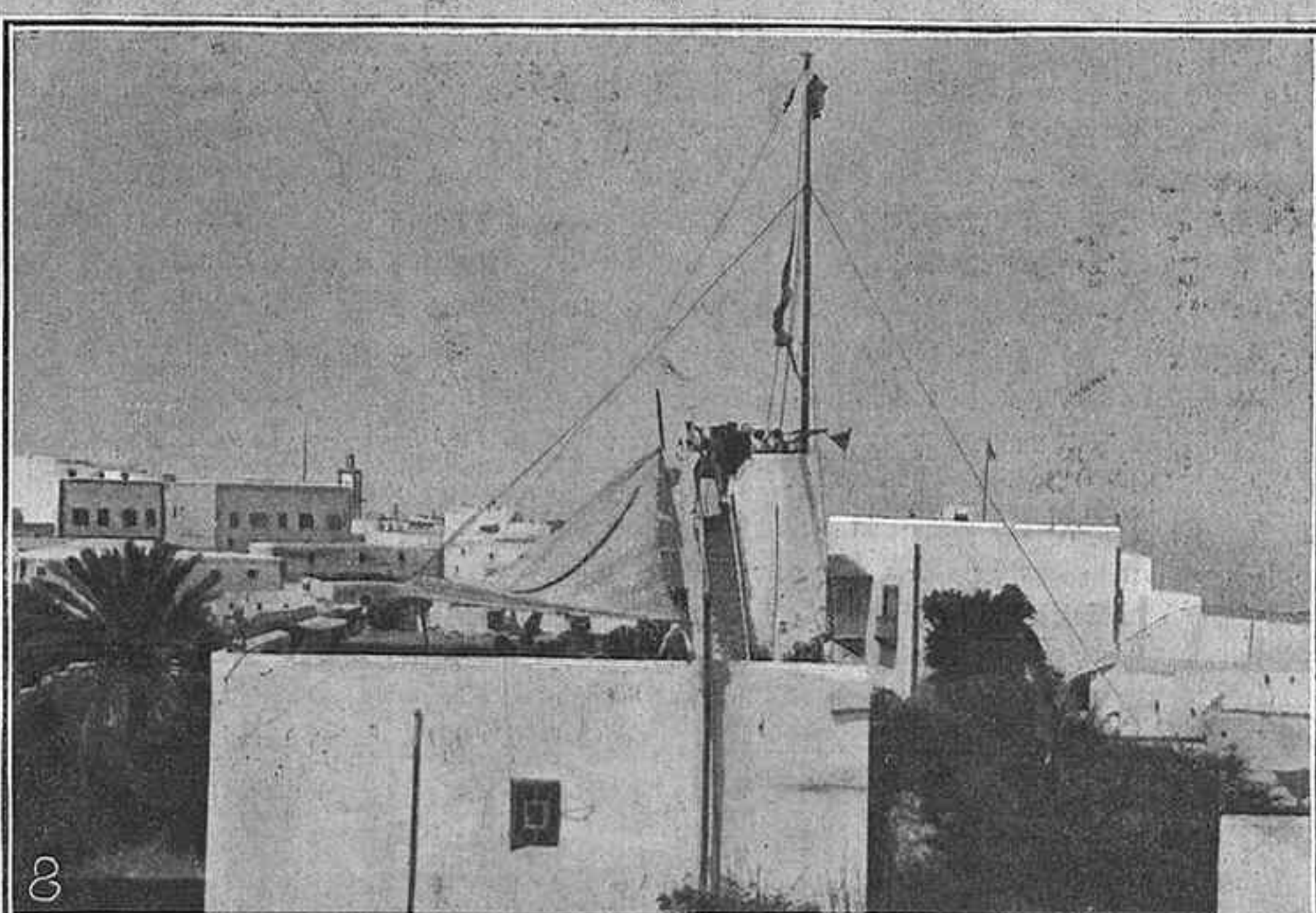
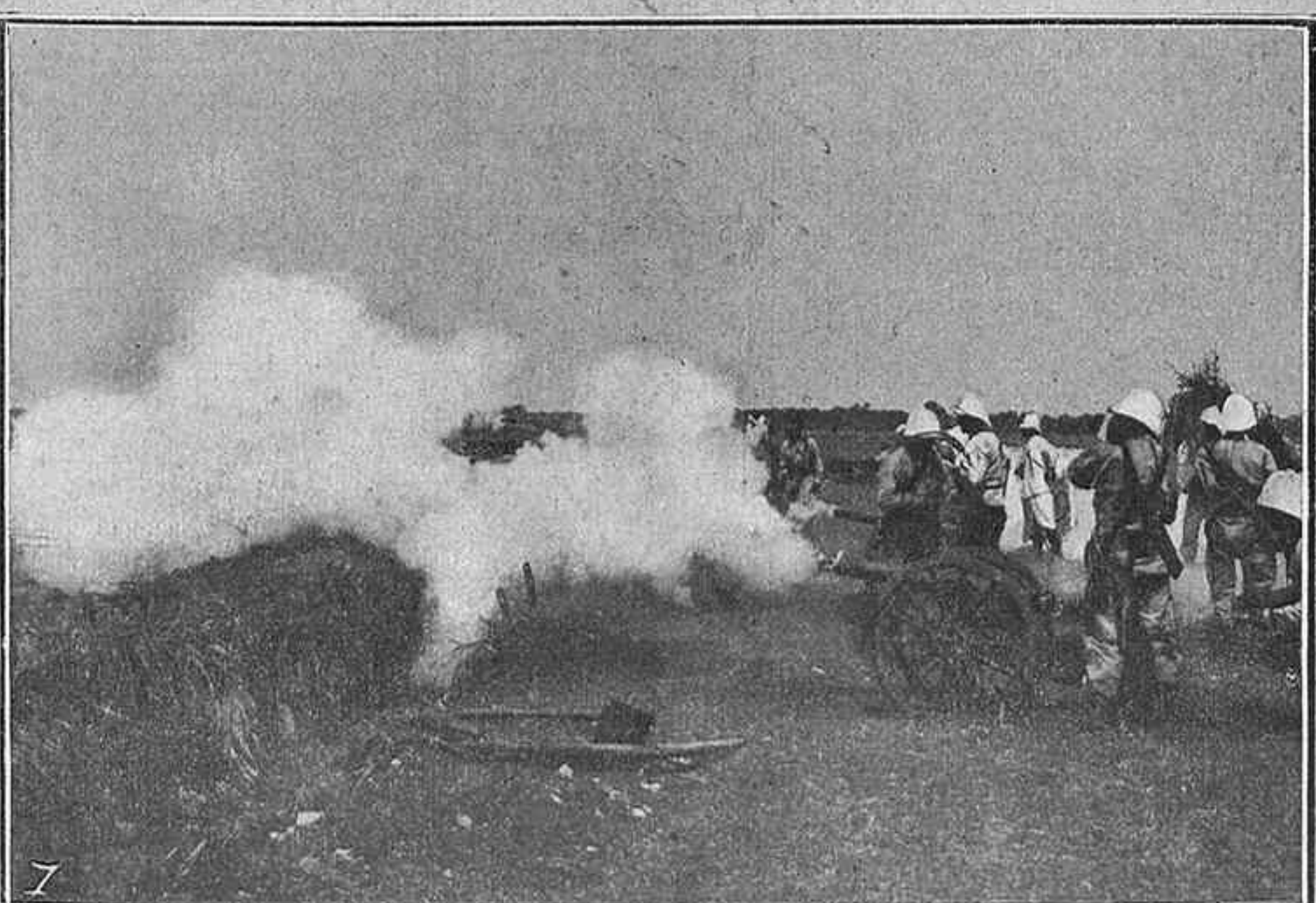
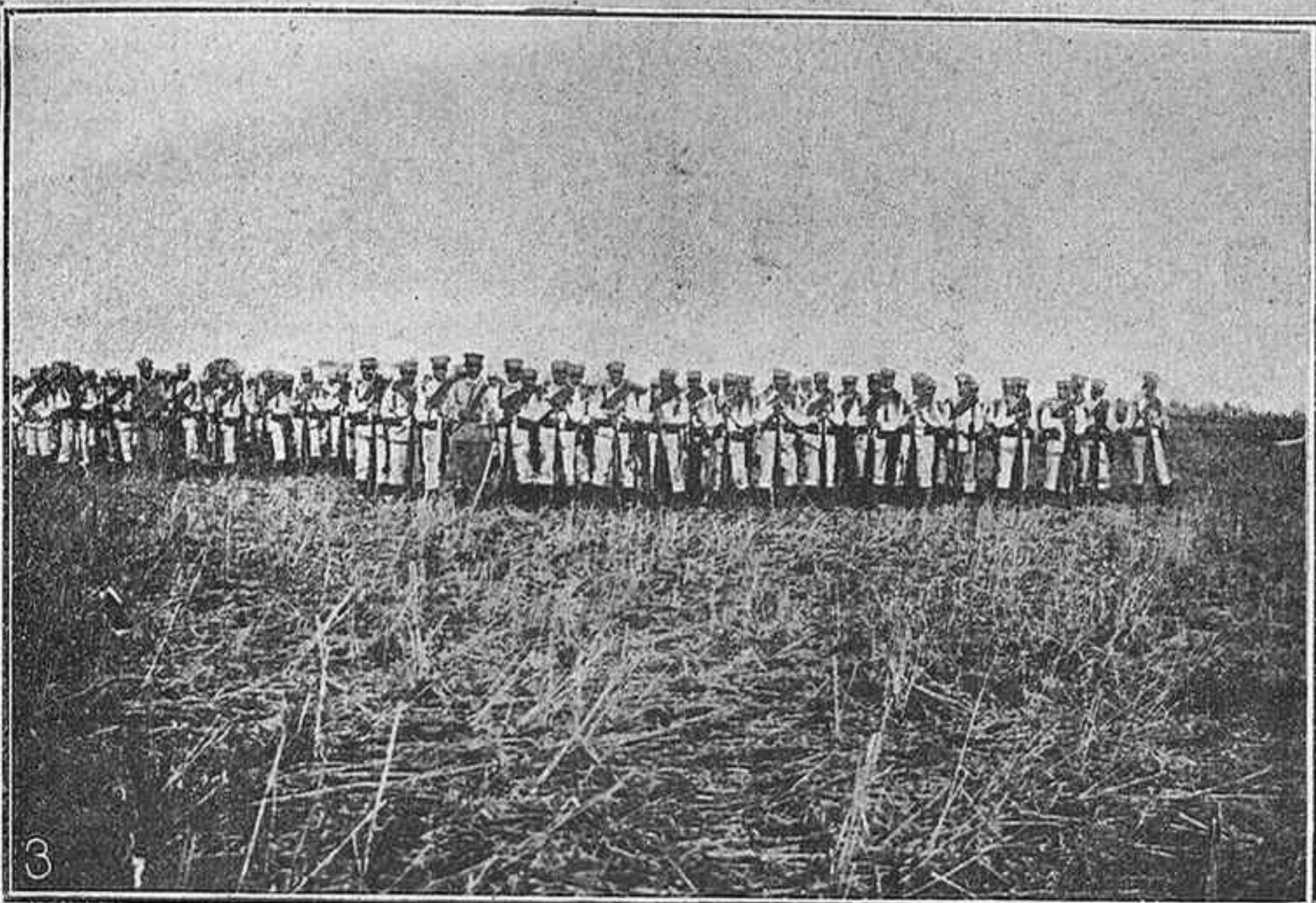
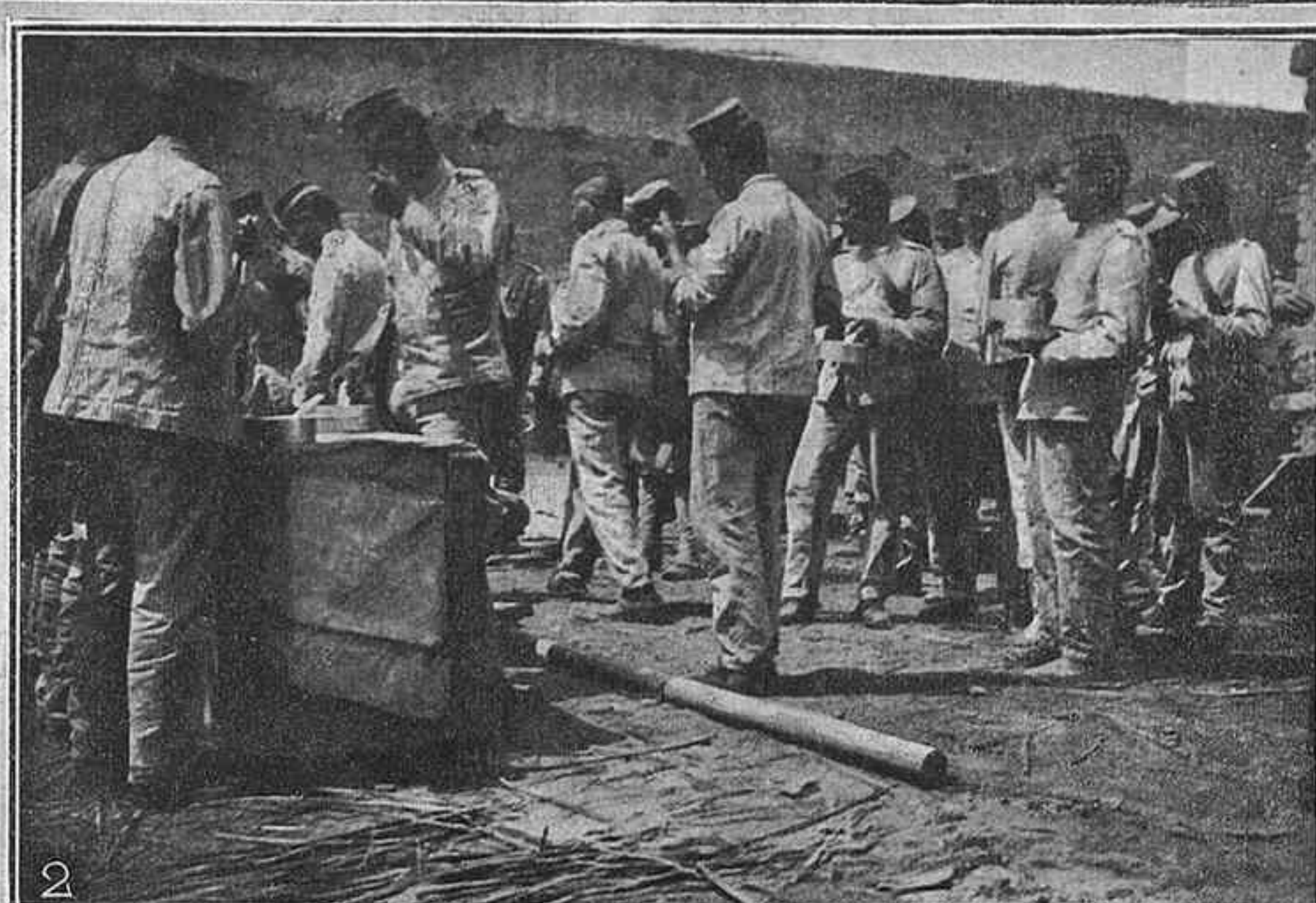
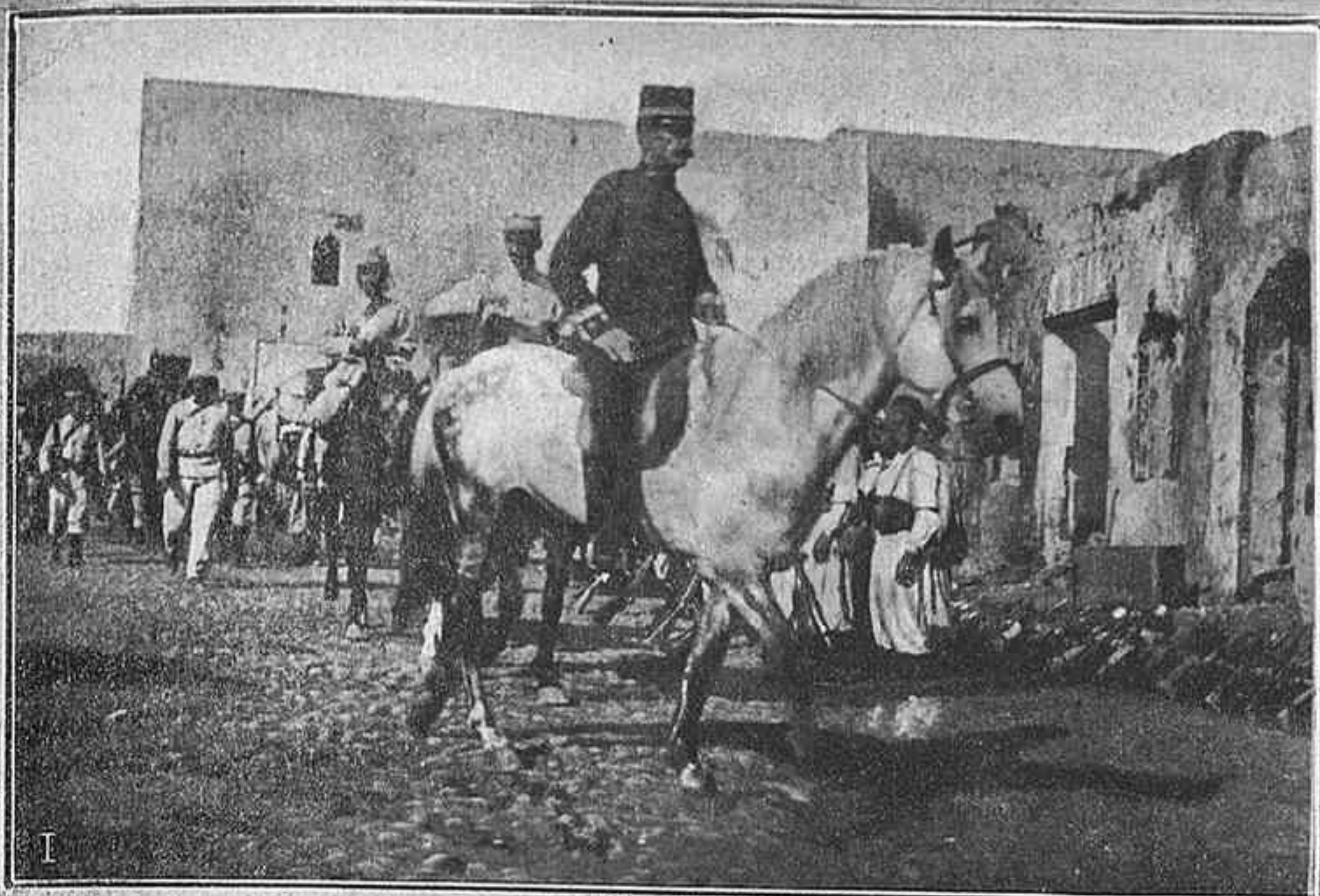
ese período vió premiado en reñido concurso su proyecto de monumento á Schiller, que se inauguró en 1871 y que se alza delante del teatro de la Comedia de Berlín.

En 1866 regresó á la capital de Alemania, en la que desde entonces reside.

Sus obras, de los más diversos géneros, adornan los más aristocráticos salones y los más importantes museos y embellecen las grandes capitales, ora en forma de monumentos, ora como ornamento de los principales edificios públicos. Enumerarlas todas sería tarea imposible, pues se trata de un artista que desde hace más de medio siglo labora incesantemente y en quien los laureles conquistados durante una gloriosísima carrera, en vez de incitarle al reposo, han sido poderoso acicate para hacerle trabajar cada vez más y con mayores bríos.—T.



Monumento á Alejandro de Humboldt, boceto de Reinoldo Begas



Casablanca. — 1. El comandante Sr. Santaolalla, jefe de las fuerzas españolas. — 2. Distribución del rancho á los soldados españoles. — 3. Reconocimiento practicado por las fuerzas españolas en las afueras de Casablanca. — 4. Soldados españoles desplegados en guerrilla. — 5. Tropas francesas marchando á tomar posiciones. — 6. Tropas francesas en la trinchera esperando el ataque de los cabileños. (De fotografías de Rittwagen.) — 7. Artillería francesa bombardeando las posiciones del enemigo. — 8. Estación de telegrafía sin hilos que se comunica con la de la torre Eiffel en París. (De fotografías de un corresponsal.)

DE MARRUECOS

Más que los combates que á diario se libran en las afueras de Casablanca y respecto de los cuales hay empeño, según parece, por parte de los franceses de atribuirles una importancia que en realidad no tienen, interesa hoy á los que de la cuestión marroquí se preocupan la proclamación del sultán Muley Hafid, efectuada el 16 de agosto último en la ciudad de Marruecos.

Por esta razón, dejando á un lado las operaciones militares, en las que no se señala ningún hecho saliente y que cada día confirman más el deseo de los franceses de llevar adelante la arriesgada aventura emprendida y el propósito de los españoles de no apartarse de la misión que el acta de Algeciras encomendaba á Francia y á España, diremos algo acerca del nuevo sultán, de su proclamación y de las consecuencias que pueden derivarse de esa nueva complicación inesperadamente surgida en los asuntos marroquíes.

Muley Hafid, que cuenta treinta y tres años, es hermano de Muley Abd el-Aziz; cuando éste subió al trono en 1894, y mientras sus dos hermanos Muley Sidi Mohamed y Muley Omar eran encarcelados, él quedó en libertad y fué nombrado virrey de las provincias del Sur, con residencia en la ciudad de Marruecos, en donde vivía tranquilamente dedicado á la poesía y á los estudios teológicos.

Varias veces las cabilas de aquella región habían intentado elevarle al solio imperial; pero él, manteniéndose siempre fiel á su hermano, había rechazado la corona que sus partidarios le ofrecían. Ahora, sin embargo, ha tenido que aceptar su proclamación, así para evitar una sublevación general en el Sur del imperio, como para salvar su propia vida, que de fijo habría corrido grave riesgo si hubiese seguido oponiéndose á los deseos del partido que ve en Muley Abd el-Aziz al soberano apóstata y vendido á los extranjeros.

Tiempo hace que el sultán de Fez ha perdido la confianza de la mayoría de sus súbditos, especialmente de las tribus más fanáticas, por sus tentativas de reformar, en sentido de la civilización europea, las costumbres y el régimen de Marruecos; prueba de ello son las rebeliones acaudilladas por los pretendientes Muley Mohamed Er Drisi, llamado el Roghi, de Bu Amema y de Ma-el-Ainin, que imperan en el Riff, en el Sur oranés y en la parte central del Sur respectivamente. Sin embargo, la fuerza de la tradición y un resto de respeto religioso habían contenido hasta ahora esas rebeliones dentro de ciertos límites que permitían continuar considerando como sultán único á Muley Abd el-Aziz. La aquiescencia de éste á los acuerdos de Algeciras; el temor de que se llevarán á cabo tales acuerdos, en contra de los cuales se sublevan el espíritu de independencia y el fanatismo

de los musulmanes, y finalmente el desembarco de las fuerzas hispano-francesas en Casablanca y la lucha allí comenzada, han colmado la medida, y el partido intransigente se ha rebelado abiertamente contra el emperador de Fez y ha confiado la representación de su causa y la defensa de sus aspiraciones á Muley Hafid.

La proclamación de éste se efectuó en la ciudad

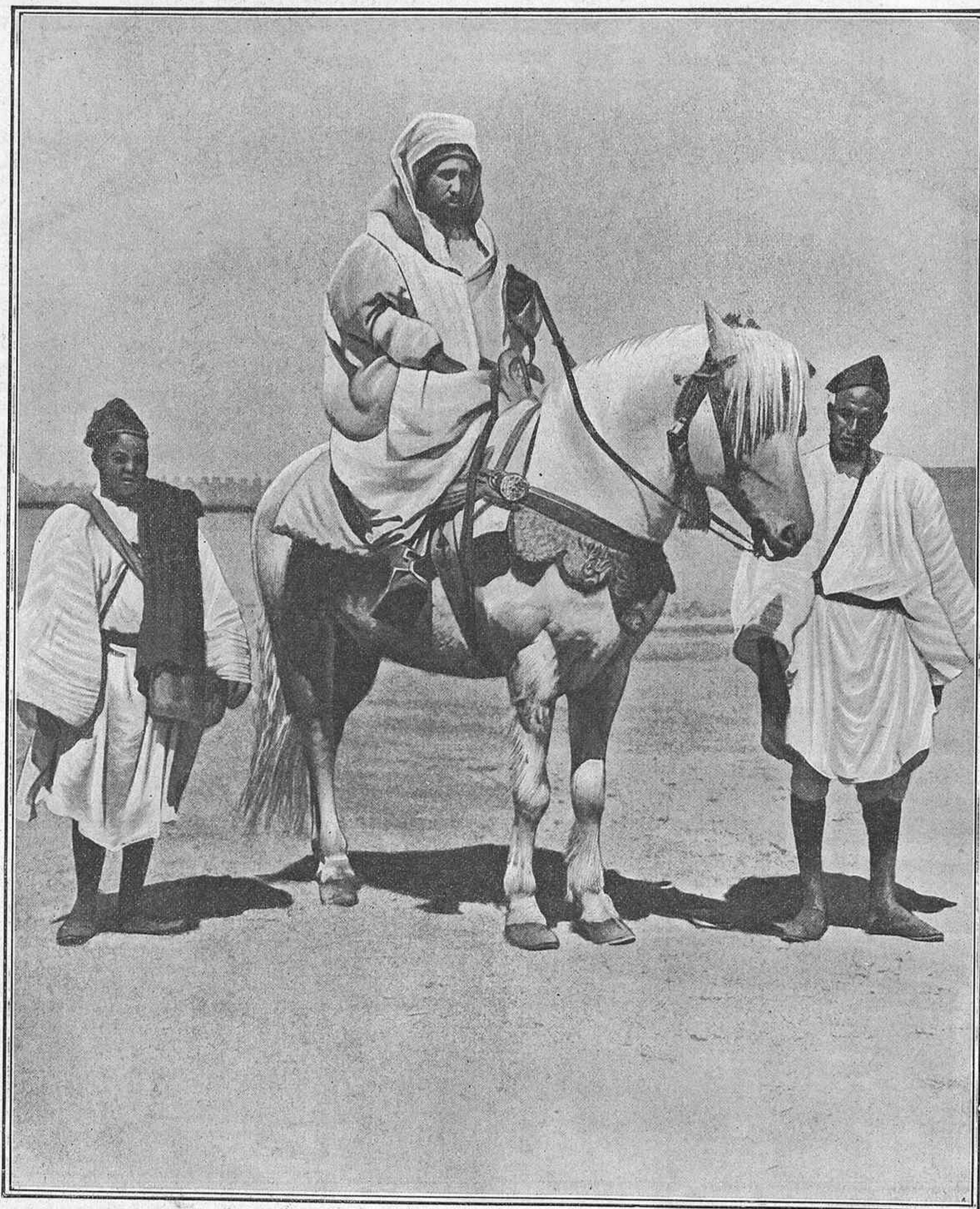
graves problemas planteados en el imperio? He aquí dos incógnitas que difícilmente pueden despejarse en la actualidad. Es evidente que Abd el-Aziz está muy desacreditado y que carece de fuerzas para oponerse á una revolución como la que ha proclamado á Muley Hafid; pero, en cambio, tiene la ventaja de la posesión oficial del trono y del prestigio que aún conserva entre ciertos elementos, y quién sabe si cuenta

también con el apoyo decidido de alguna gran potencia interesada en sostenerle, cuando no para otra cosa, para mantener el estado de perturbación en el imperio.

En cuanto á las intenciones de Muley Hafid, circulan acerca de ellas las noticias más contradictorias, pues mientras unos suponen que, de buen ó mal grado, habrá de declarar la guerra santa, ya que, de no hacerlo así, se expone á ser víctima de los mismos que le han elevado al trono, otros creen que tendrá autoridad y energía bastantes para imponerse aun á los más intransigentes, y una vez conseguida su proclamación en Fez, restablecerá el orden en el imperio y podrá negociar con las potencias europeas en beneficio de todos. Por de pronto, dícese que en las cartas que ha publicado ha prometido reparar plenamente las matanzas de Casablanca, que han provocado la lucha actual, y el asesinato del doctor Mauchamp y los demás sucesos que determinaron la ocupación de Ujda por los franceses, solucionar satisfactoriamente todas las reclamaciones pecuniarias que Francia tiene formuladas é interponer toda su influencia para que las tribus vivan en buenas relaciones con los franceses y para que los cabile-

ños cesen en las hostilidades, á fin de poner término cuanto antes al presente conflicto. Los que así opinan pintan á Muley Hafid como hombre bondadoso, sabio y culto y convencido de que una inteligencia con Europa había de ser fecunda en bienes para su país, y añaden que sus dos principales consejeros El-Glaui y El-Gundafi, no sólo comparten con él tales ideas, sino que le incitan á perseverar en ellas resueltamente y á ponerlas en planta. Pero enfrente de esta opinión hay la de otros, conocedores también del modo de ser del pueblo marroquí, que sin dejar de reconocer los buenos propósitos de Muley Hafid y de sus consejeros, temen que se estrellen contra el fanatismo musulmán, y recuerdan que los europeos son los enemigos tradicionales de los marroquíes y que sólo por la fuerza y por el temor podrán someterlos.

¿Cuál de esos dos criterios resultará ser el verdadero? Poco hemos de tardar en salir de dudas, porque los sucesos se precipitan y es imposible que la actual situación se prolongue mucho tiempo. De todos modos, sea cual fuere la solución definitiva, el problema marroquí se presenta cada día más complicado y ha de dar aún mucho que hacer á la diplomacia y á las armas europeas.—R.



Muley Hafid, proclamado sultán de Marruecos en la ciudad de este nombre el día 16 de agosto último. (De fotografía.)

de Marruecos con gran solemnidad y con todas las formalidades que la ley musulmana prescribe. Convocados los ulemas y notables, éstos declararon culpable á Abd el-Aziz de administrar mal el imperio y decretaron su destronamiento, por ser, no sólo legal, sino también necesario, á causa del inminente peligro en que había colocado al Islam.

Reconocido Muley Hafid por los notables como sucesor del soberano destituido, prestaronle aquéllos juramento de fidelidad y firmaron un acta. Después, el nuevo sultán fué proclamado por gran número de individuos de las tribus, y desde aquel momento leyó el nombre de Muley Hafid, en vez del de Abd el-Aziz, en las oraciones de las mezquitas.

Muley Hafid nombró á su hermano Muley Sidi Mohamed, uno de los encarcelados por Muley Abd el-Aziz, su califa en Fez; designó asimismo sus visires y los dignatarios de su corte, y mandó escribir numerosas cartas, unas ordenando á las tribus que se reunieran en la ciudad de Marruecos y otras exigiendo á los gobernadores de varias ciudades que le reconocieran como sultán.

¿Logrará Muley Hafid entronizarse definitivamente? En caso afirmativo, ¿cuál será su conducta en los

EL «CULLINAN»

EL DIAMANTE MAYOR DEL MUNDO

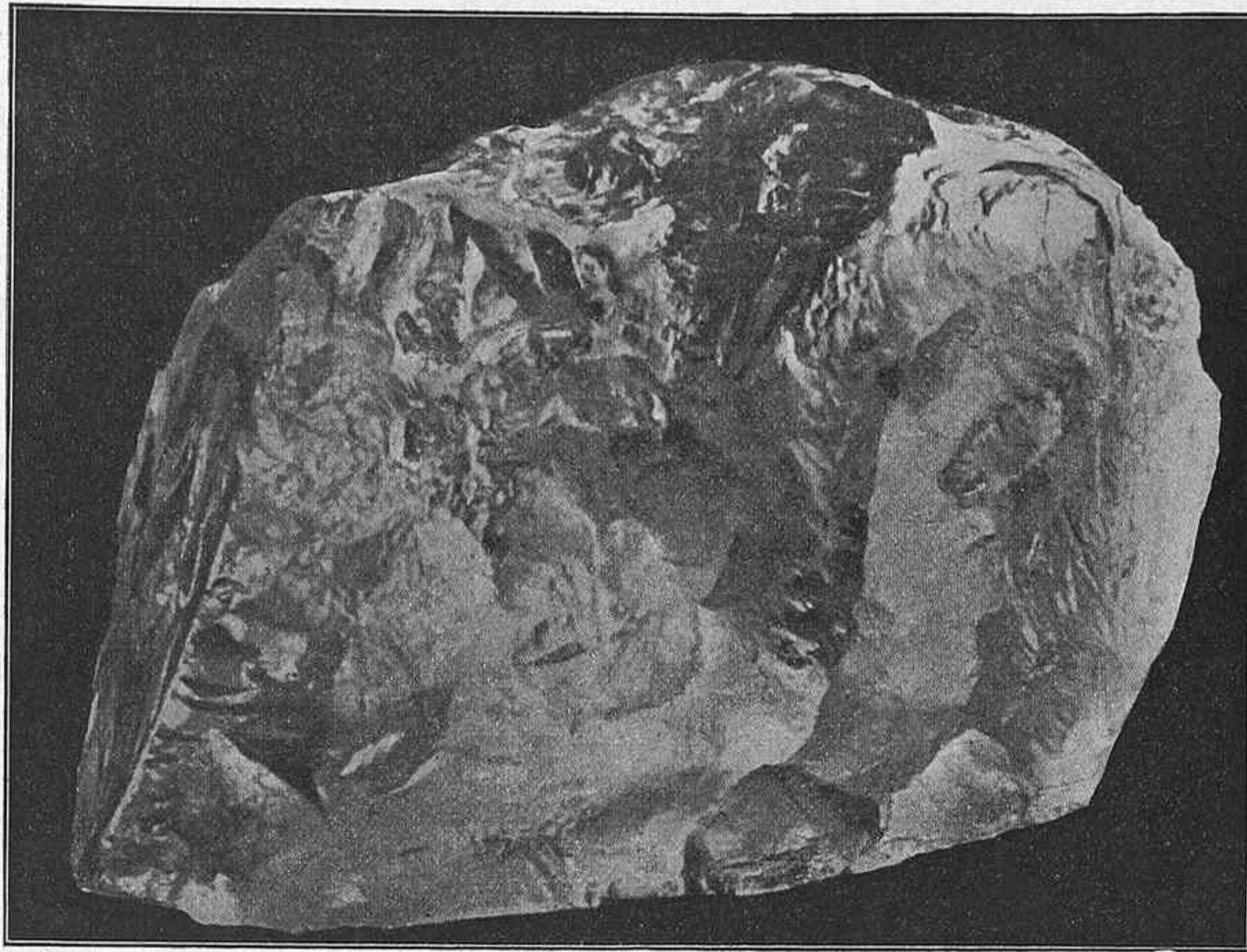
Si alguna prueba faltaba para demostrar que Inglaterra es la primera nación colonizadora, la ha dado ahora plenamente el Parlamento del Transvaal aprobando con entusiasmo la proposición del primer ministro Luis Botha, de regalar al rey Eduardo VII el célebre diamante *Cullinan*, encontrado en 1905 en los alrededores de Pretoria. No han transcurrido aún diez años de aquella memorable lucha en que los boers combatieron heroicamente por su independencia debiendo al fin sucumbir ante la aplastante superioridad de las fuerzas británicas; parecía, pues, natural que los odios exitados por aquella injusta guerra de conquista no se hubiesen aplacado todavía y que el pueblo transvaalense guardase á sus nuevos señores el rencor que contra sus opresores sienten todos los sojuzgados.

Pero Inglaterra, que sabe, como ninguna otra nación, conquistarse el afecto de sus colonias, ha tenido bastante con esos pocos años para ganarse la voluntad de los boers, tratándolos desde un principio benignamente y otorgándoles por último una constitución autónoma que al devolverles su personalidad como nación les asegura al mismo tiempo todos los beneficios del apoyo y de la protección de un Estado como pocos poderoso y sabiamente regido.

Agradecido á esa concesión, el Transvaal ha querido corresponder dignamente á esa muestra de consideración y simpatía de su soberano, tomando el acuerdo á que antes nos referimos y cuya iniciativa partió del general Luis Botha, que, después de haber

combatido gloriosamente por la independencia de su pueblo, ha sido puesto por Eduardo VII al frente del primer gobierno autónomo de su país.

El diamante *Cullinan*, de cuyo descubrimiento en 1905 dimos cuenta en el número 1212 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es de forma plana, mide 114



El diamante «Cullinan» el mayor del mundo, que el Parlamento del Transvaal ha acordado regalar al rey Eduardo VII de Inglaterra. Tamaño natural

milímetros de largo, 57 de alto y 35 de ancho y pesa en bruto 3.024 $\frac{3}{4}$ carats. Tal como es, vale 3.750.000 francos, precio que por él ha pagado el gobierno del Transvaal; una vez tallado, calcúlase que quedará reducido á la mitad de su tamaño, pero en cambio su valor será entonces de 25.000.000 francos.

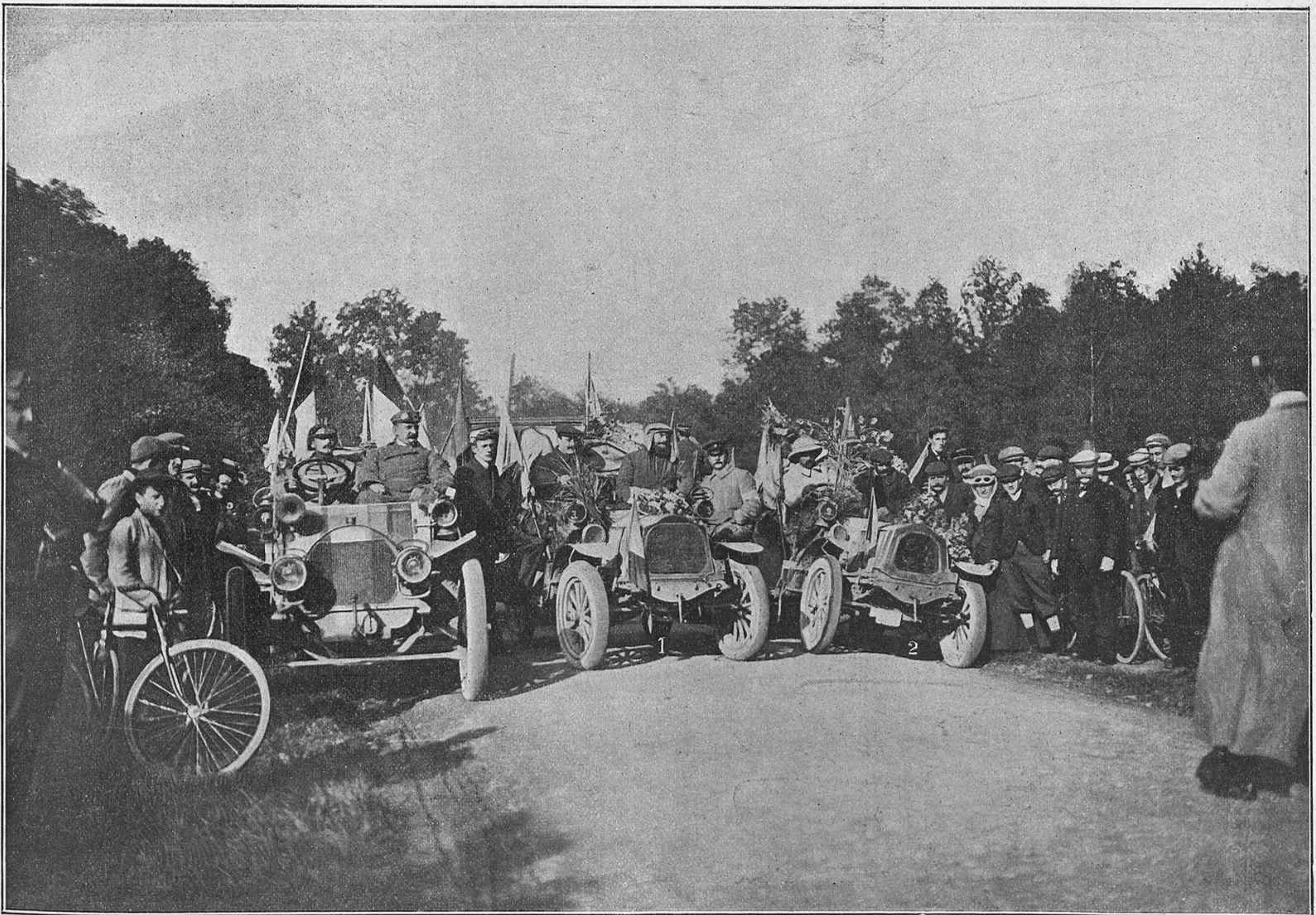
CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

Con la llegada de Cormier y Collignon á París el día 30 de agosto último, ha terminado definitivamente esa carera que bien puede calificarse de temeraria y que, en un principio, consideraron muchos como de realización imposible.

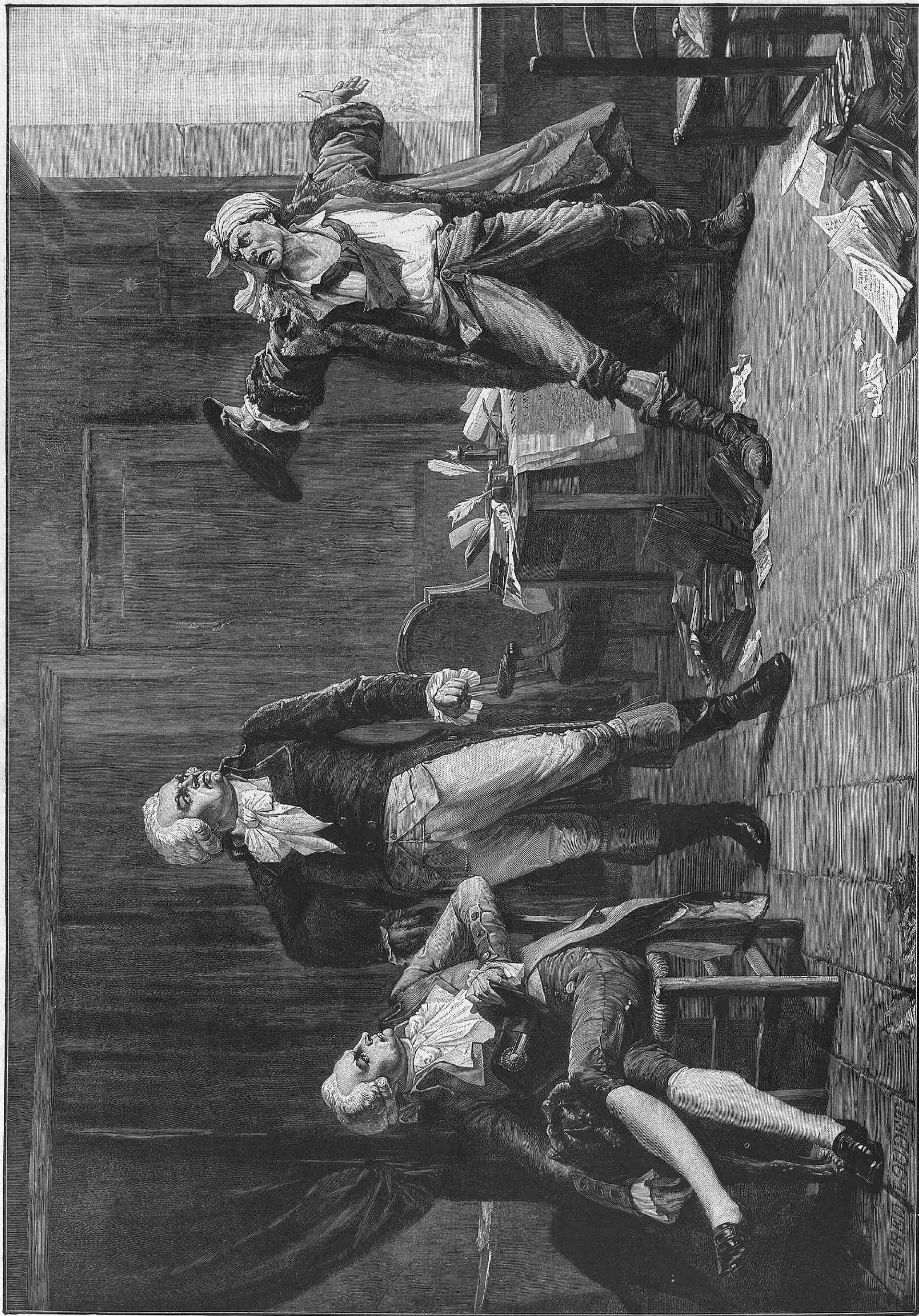
Aunque considerablemente retrasados con relación al príncipe Borghese que, como es sabido, entró en la capital de Francia veinte días antes que ellos, Cormier y Collignon han sido recibidos con tanto ó más entusiasmo que aquél; y se comprende que así haya sido, porque en esa prueba lo interesante, más que llegar el primero, era llegar al término después de un viaje lleno de dificultades y de peligros. Por otra parte, tratábase de dos franceses que han efectuado la carrera en máquinas francesas, y era natural que sus compatriotas quisieran demostrarles de una manera ostensible su admiración, perfectamente justificada.

Salidos por la mañana de Compiègne, y después de un alto en Enghien, llegaron á las seis de la tarde á la puerta de Clichy, siendo objeto de una ovación ruidosa que no cesó un momento mientras recorrieron las calles y los grandes bulevares de la capital, en los cuales se apiñaba una multitud inmensa. Su primera visita fué para la redacción del diario *Le Matin*, organizador de la carrera, en donde fueron obsequiados con dulces y champaña y saludados con sentidos discursos, que pronunciaron M. Madeline y el marqués de Dió, dueño de la fábrica de automóviles de su nombre, de donde son los dos que conducían Cormier y Collignon. Por la noche, dióse en honor de éstos un banquete en el domicilio del Automóvil Club de Francia.—S.

ña y saludados con sentidos discursos, que pronunciaron M. Madeline y el marqués de Dió, dueño de la fábrica de automóviles de su nombre, de donde son los dos que conducían Cormier y Collignon. Por la noche, dióse en honor de éstos un banquete en el domicilio del Automóvil Club de Francia.—S.



Carrera automovilista Pekín-París.—Salida de los automovilistas Collignon (1) y Cormier (2) de Compiègne, el día 30 de agosto último, para recorrer la última etapa de su atrevida expedición. (De fotografía de Branger.)



ROBESPIERRE, DANTÓN Y MARAT, cuadro de Alfredo Loudet



EL VAGABUNDO, cuadro de Juan Balushek

BARCELONA. - BOLSA DEL TRABAJO

No hace mucho, un periódico parisiense insertaba el siguiente juego de palabras á propósito de la Bolsa del Trabajo de París:

- «¿Para qué sirve la Bolsa del Trabajo?
- Para fomentar las huelgas.»

No puede decirse otro tanto de la institución de aquel mismo nombre creada en esta ciudad por el Fomento del Trabajo Nacional, ya que es un verdadero centro de contratación adonde acuden los que solicitan y los que ofrecen empleos, y que sirve de intermediario entre las ofertas y las demandas.

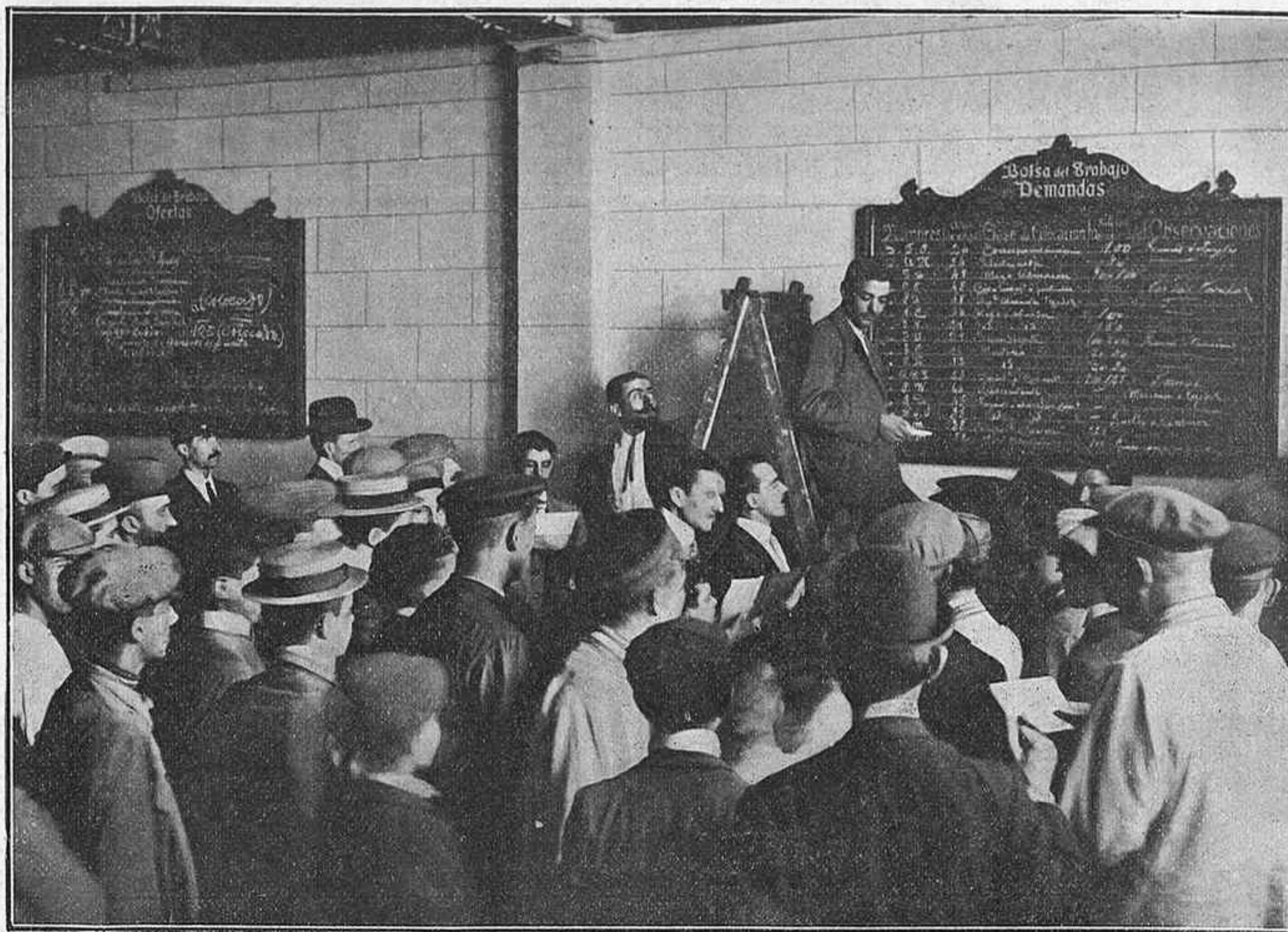
La creación de esa Bolsa del Trabajo débese á una moción presentada á la Junta Directiva del Fomento por el vocal señor Trabal y Palet; aceptada la proposición, nombróse una comisión, compuesta del autor de aquélla y de los Sres. Bugarolas y Albiñana y Folch, encargada de estudiar la forma más adecuada de establecer ese nuevo organismo dentro del Fomento. La organización propuesta por los comisionados fué aceptada por la Junta, y la Bolsa funciona con éxito creciente desde 1.º de julio último.

A todo solicitante de trabajo se le exige un certificado comercial de buena conducta y se le hace llenar una hoja en la que constan, además de varias circunstancias personales, la clase de colocación y el sueldo aproximado que desea; los que ofrecen empleos llenan también una hoja especial. Las ofertas y las demandas se inscriben en los correspondientes registros y cuadros anunciadores, y en cuanto hay una oferta y una demanda cuyas condiciones coinciden, se entrega al solicitante un volante de presentación para la persona que ofrece el empleo. Las inscripciones en los cuadros anunciadores son por un mes, pudiendo prorrogarse por otro más mediante nueva solicitud.

Por todos esos trabajos nada cobra el Fomento; su obra es verdaderamente altruista, y merece por ello que los particulares y las sociedades le presten su más decidido apoyo.

La comisión que está al frente de la Bolsa del Trabajo la componen D. Ramón Trabal y Palet, D. Jaime Bugarolas, D. Joaquín Albiñana, D. Francisco Puig y Alfonso, D. Amadeo Torner y D. Marcelino Graell, secretario.

A todos ellos y al Fomento del Trabajo Nacional felicitamos sinceramente por haber implantado entre nosotros una institución tan meritoria, llamada indudablemente á prestar muchos y muy buenos servicios.



Barcelona.—Bolsa del Trabajo del Fomento del Trabajo Nacional, recientemente instituida para facilitar las ofertas y demandas de empleos.

(De fotografía.)

vense reunidas cualidades extraordinarias que le asignan un concepto de maestría y de respetuosa consideración, cual la obtiene siempre aquel que se singulariza sobresaliendo de los demás.

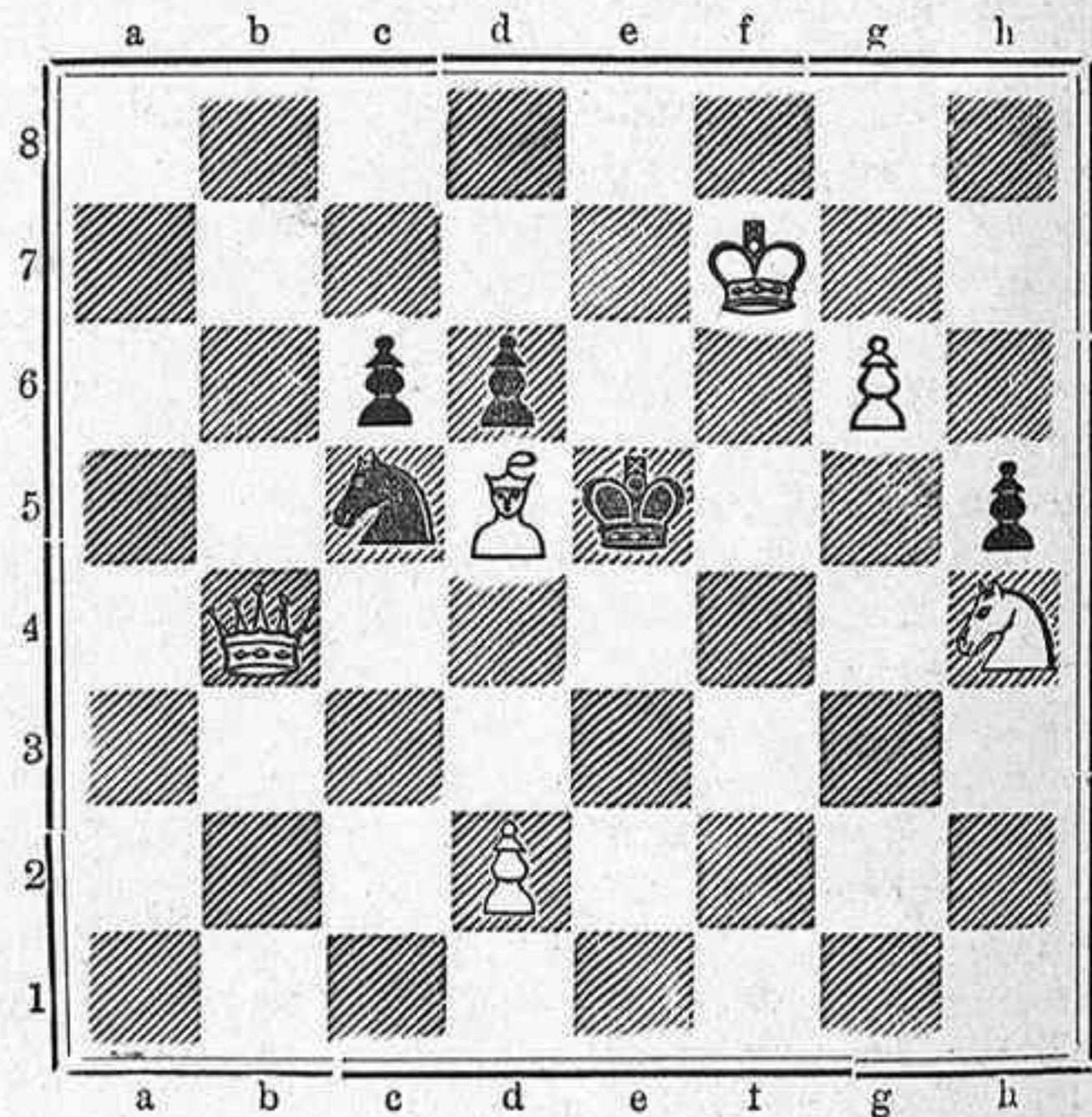
Robespierre, Danton y Marat, cuadro de Alfredo Loudet. — El famoso triunvirato que fué el alma de la Revolución francesa durante la época del Terror, hállase representado en este cuadro con un vigor, con una fuerza de expresión tan grandes, que al contemplarlo nos parece asistir á alguno de los conciliábulos en que se preparaban los acuerdos que luego votaba la Convención y se indicaban las víctimas que los tribunales del pueblo habían de condenar y cuyas cabezas habían de caer

mirarla, que se trata de uno de esos seres miserables para quienes la existencia no ha tenido ni ha de tener ninguna alegría. La fatiga le ha rendido y ni en el sueño halla descanso; viene... quién sabe de dónde y tampoco sabe adónde va; no deja atrás ninguna ilusión, no le alienta ninguna esperanza; que el porvenir ha de ser para él tan triste como el pasado y el presente. Despertará, proseguirá su camino interminable y su vida continuará arrastrándose entre negruras y quizás sin el consuelo de que en la muerte ha de hallar algo más que el reposo material del cuerpo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 477, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 476, POR V. MARÍN

Blancas.

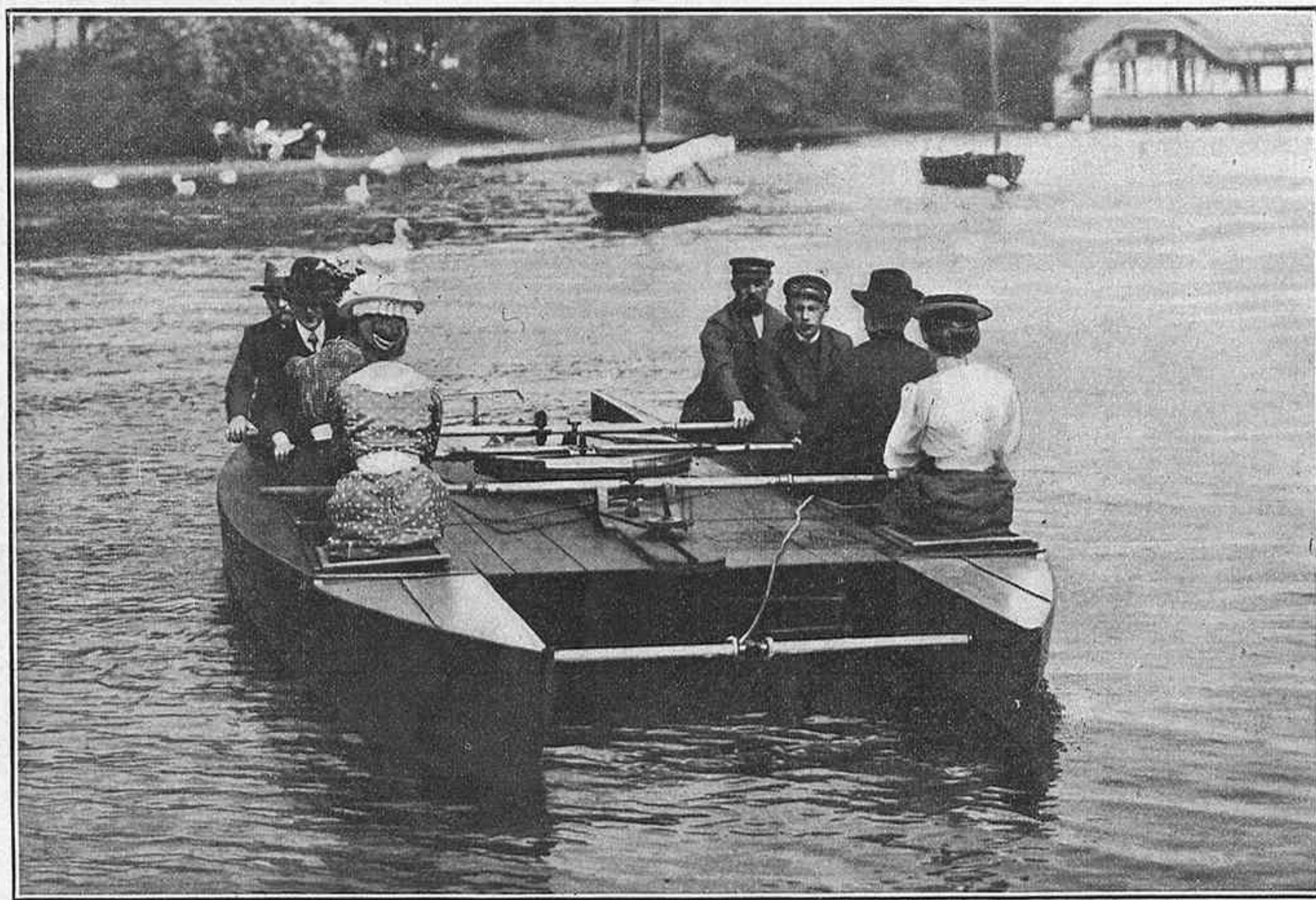
Negras.

1. Cc7-d5
2. Dh8-f6
3. Cd5-f4 jaque
4. C6D mate.

1. Rf5-e4
2. Ta2-f2
3. R juega.

VARIANTES.

- 2..... Aa5-d2; 3. Cd5-f4jaq., etc.
2..... Cg1-e2; 3. Cd5-b4jaq., etc.
1..... Otra jugada; 2. Dh8-f6jaq., etc.



Una innovación en el deporte náutico.

Canoa compuesta de dos partes recientemente ensayada con satisfactorio éxito en Hamburgo (De fotografía de Carlos Trampus.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

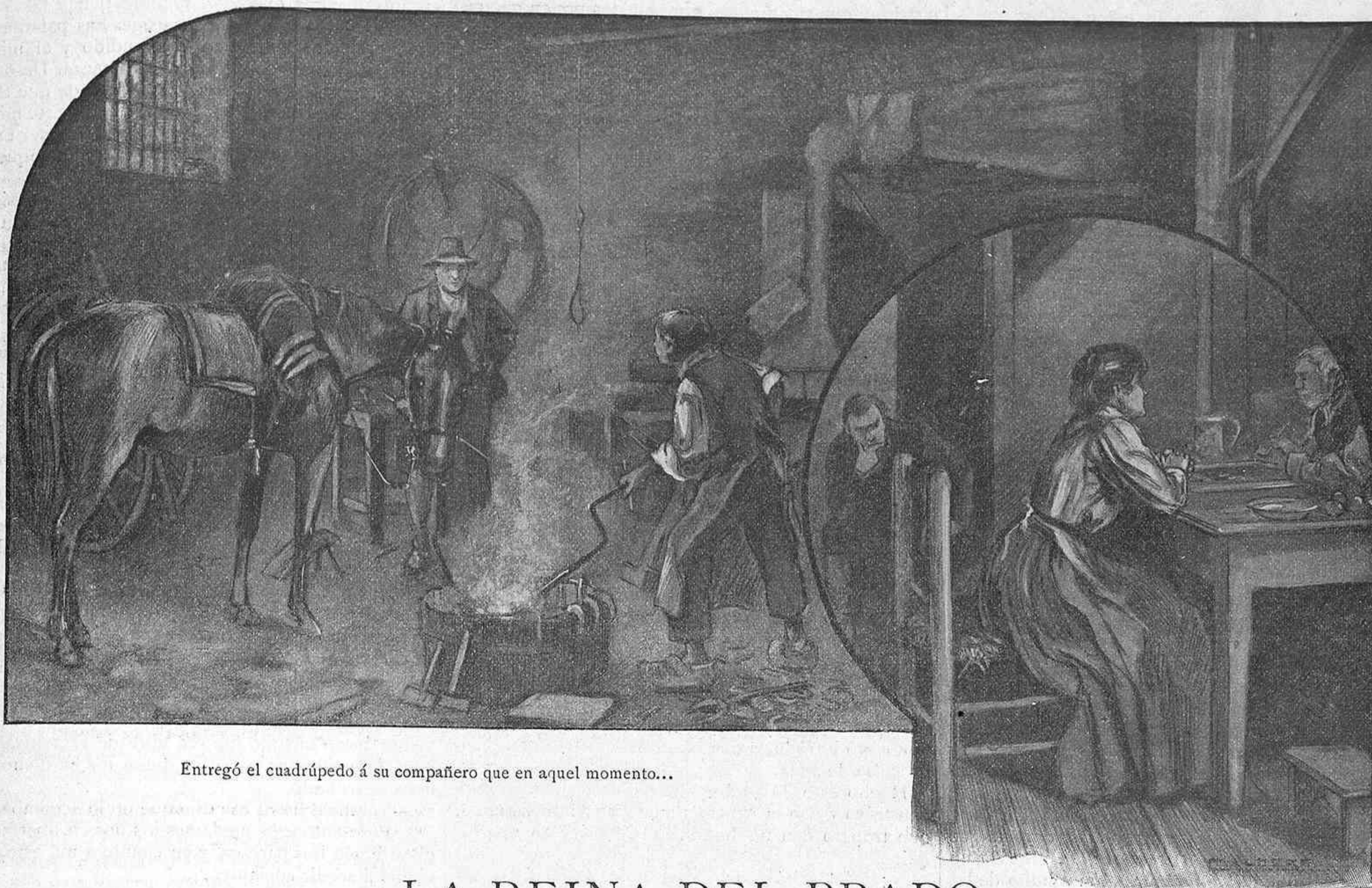
(Véanse los de las págs. 585, 592 y 593)

En el abrevadero, obra de Constantino Meunier. — Forma parte la notable escultura que reproducimos del grupo que constituye la sección especial de las obras del insigne escultor belga Constantino Meunier, á quien la Comisión Ejecutiva de la actual Exposición de Bellas Artes se propuso distinguir, del eminente artista que en la producción á que nos referimos se manifiesta digno de su buen nombre, dando nuevo testimonio de su inteligencia y maestría. La diversidad de sujetos, temas y asuntos representados por medio de las obras expuestas, atestiguan las excepcionales condiciones de Meunier, en quien

segadas por la guillotina. El reflexivo Robespierre, el arrogante Danton y el sanguinario Marat reviven, por decirlo así, en el lienzo que reproducimos; sus caras, sus gestos, sus mismos trajes, nos revelan los caracteres y los temperamentos respectivos de esos tres hombres que rigieron por algún tiempo los destinos de Francia y que después de haber derramado tanta sangre inocente pagaron, al fin, sus crímenes con sus vidas, muriendo todos ellos de muerte violenta.

El vagabundo, cuadro de Juan Baluschek. — La figura de ese desdichado caminante está hermosamente pintada, y aunque el título no lo dijera, fácilmente comprenderíamos, con sólo

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Boulevard des Capucines, París.



Entregó el cuadrúpedo á su compañero que en aquel momento...

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Miguel encontró en el patio á Sara.

—Se va usted muy pronto, Miguel, dijo la joven.

—Sí, tengo que hacer en el pueblo, y además debo estar en casa temprano.

Sara dudó de estas palabras, y apoyando una mano en el brazo de su interlocutor, preguntóle:

—¿Qué ha ocurrido? Observo que está usted muy inmutado y que no habla como de costumbre...

—No me encuentro bien hoy, Sara; tengo mal día; pero no vale la pena hablar de ello, porque esto pasará muy pronto. ¡Adiós, adiós!

Y alejándose presuroso, para evitar que le detuvieran, dirigióse hacia la cuadra, sacó su yegua, montó, y picando espuelas, tomó el camino sin volver una sola vez la cabeza.

Sara no fué á ver á su prima acto continuo; dirigióse á la cocina para dar algunas órdenes á la sirvienta, después se encaminó al huerto, sin objeto aparente, púsose una mano sobre los ojos á guisa de pantalla, y fijando la vista en la orilla del río, divisó á Walton ocupado en su pesca. Al mismo tiempo pensaba en Miguel Hazell, y sospechó que había tenido alguna cuestión con su prima.

En efecto, si Miguel hubiera contestado lo que sentía, habría dicho que Susana acababa de despedirle; que no deseaba ya su intervención en los asuntos de la granja; que Walton era el hombre de su elección, y que nadie podía dudar de su derecho para resolver en este punto.

Miguel había hecho galopar á su yegua sin descanso hasta llegar á las puertas de lo que llamaban Parque del Conde, situado á unas tres millas de la granja: era un sitio delicioso, lleno de corpulentos robles de espeso ramaje, álamos y hayas, que á la luz del sol brillaban como la plata; á la sombra de aquellos árboles se veían correr numerosos gamos y ciervos, para cuya conservación había comprado el conde, su propietario, un extenso terreno. Muchos habían reclamado contra esta adquisición, porque obligaba á los viandantes á hacer un gran rodeo para ir de un punto á otro; mas para evitar cuestiones, el conde permitió libre paso á través de su parque para todos los vehículos, viandantes y jinetes.

Miguel Hazell penetró, pues, en aquel sitio, y ape-

nas estuvo en el otro lado de la carretera, picó de nuevo espuelas, obligando á su yegua á emprender tan furioso galope, que se hubiera podido creer que el animal iba desbocado; después se perdió de vista y desapareció en una hondonada en cuyo fondo corría un arroyo.

Durante aquella vertiginosa carrera, Miguel se había entregado á tristes reflexiones. Hacía tiempo vivía con la esperanza, casi con la seguridad, de que Susana sería su esposa y de que ésta lo pensaba así también; y el mero hecho de que la joven aceptara continuamente sus servicios, siempre muy útiles, le indujo á confirmarse más en su opinión; mas ahora Susana acababa de echar por tierra todos sus castillos en el aire y sus brillantes proyectos para el porvenir.

¿Y por qué? Seguramente porque tenía en Walton un rival. Tomás era sin duda un arrogante mozo, hombre de mundo, muy inteligente en caballos por su afición á las carreras; tenía buen carácter y era heredero de la Abadía de Walton, nombre de una rica granja que la familia de este nombre había poseído durante muchas generaciones; pero Walton no entendía nada en los trabajos campestres ni en la cría de ganado, sin contar que sería necesario distribuir la herencia con algunas hermanas, y de consiguiente, Tomás no podría disfrutar más que de una parte.

Susana sabía muy bien todo esto; mas sin tenerlo en cuenta, prescindía de sus antiguas asociaciones, desechándole á él, hijo de un simple arrendatario, pero bastante rico. Tomás Walton, por otra parte, no era hombre para hacer feliz á Susana, pues atribuíanse varias aventuras de no muy buen género; mas á pesar de todo, había fascinado sin duda á la joven, que se dejaba conquistar, como lo hacen muchas mujeres, sin duda por alguna perversión del sentimiento de lo razonable.

Miguel había contestado á Susana que estaba triste por sí mismo; pero había querido decir que lo sentía por la joven. «Sea como ella quiera—murmuró al fin de sus reflexiones;—de todos modos la ayudaré en cuanto me sea posible.»

Si Sara hubiese preguntado á su prima cuál era la

causa de la cuestión, Susana habría contestado que Miguel observaba una conducta muy extraña; que se había enojado porque le dijo que Tomás Walton le agradaba, y que como esto era verdad, no quería mentir.

Por otra parte, Miguel no tenía derecho alguno para intervenir en sus actos y aficiones; Susana no quería someterse á hombre alguno que no fuera su esposo, y hasta prescindiría de la autoridad de éste á menos de que fuera razonable. No había contraído compromiso alguno con Miguel; era completamente dueña de sus actos é indignábase que el joven tratase de ejercer sobre ella la menor autoridad.

Tanto es así, que después de su última conversación con Miguel, tuvo intenciones de ir al punto á ver á su tutor, Job Hazell, padre del joven, para quejarse del proceder de su hijo. Ni le amaba, ni era de su agrado; mientras que Tomás Walton le parecía muy aceptable por su figura, tanto como por sus obsequiosas atenciones.

Aquel día Susana no hizo más cuentas, recogió sus papeles muy ordenadamente y los guardó en su pupitre. Al hacer esto, vió entre ellos el capullo arrojado por Miguel y lo cogió para arrojarlo por la ventana; pero detuvo de pronto su mano y lo dejó con los papeles, cerrando el pupitre al punto al ver que su prima entraba.

—¿Qué has dicho á Miguel?, preguntó Sara adelantándose silenciosamente. ¿Habéis reñido?

—Es un mico, contestó Susana enfáticamente, y Walton un hombre muy bien educado.

—¡Oh!, exclamó Sara interrumpiéndose de improviso, mientras fijaba en su prima una mirada interrogadora.

No sabía cómo interpretar las palabras de Susana; pero al fin contestó:

—Aunque te hayas incomodado con Miguel, segura estoy de que aún le tienes en el pensamiento.

—No, repuso Susana resueltamente; pienso en Tomás Walton y siento mucho que se haya ido tan pronto.

Al oír estas palabras, la expresión de Sara cambió, y hubiérase dicho que la entristecían: era muy difícil comprender á su prima algunas veces.

IV

DUNTHORPE

Tranquila era la vida en Dunthorpe y en todo el país de los alrededores, y sus habitantes disfrutaban de ella. Saber cuántas vacas tenía un vecino, qué mal aquejaba al caballo del otro, quién había obtenido premio en la última exposición agrícola, quién poseía el mejor ganado, y otras cosas por el estilo, constituían el asunto de las conversaciones, siendo el tema principal, por supuesto, el estado del tiempo y de la cosecha. No faltaban las cuestiones domésticas, con los correspondientes chismes y enredos, sazonados a veces con un poco de escándalo. Si la mujer de un vecino se trasladaba a la ciudad para evacuar cualquiera diligencia, se quería saber por qué y para qué iba, y cada cual interpretaba el hecho más ó menos caritativamente. En fin, nadie estaba libre de la murmuración; pero se procedía con tanto disimulo, que por lo regular evitábase el escándalo.

Los buenos habitantes parecían estar siempre soñolientos, y distinguíanse por su invariable cachaza. El escribano recibía un diario, que enviaba al médico después de leerle; el cura estaba suscrito al *Times* por la mitad de precio, pues contentábase con recibirlo al día siguiente de su publicación. Los dependientes estaban siempre a las puertas, bostezando a cada momento; los únicos hombres ocupados parecían ser el cervecero y los dueños de las posadas; pero aun éstos procedían siempre con mucha calma y no debía temerse que sufrieran ninguna indigestión. En cuanto al cura, tenía por costumbre predicar con voz lenta y monótona, y hubiérase podido creer que dormitaba durante sus sermones, como lo hacían en realidad los más de sus oyentes.

El cielo azulado y sin nubes, una atmósfera pesada, la monotonía del paisaje, las densas sombras que los árboles proyectaban, despertando la idea de un tranquilo retiro lleno de frescura, el murmullo de las aguas del río y el coro musical de las avejillas; todo, en fin, invitaba al reposo ó a disfrutar del *dolce far niente*.

Todos los mancebos tenían sus compromisos amorosos, y cada domingo reuníanse por la tarde para bailar en la gran sala de la *Oca gris*, posada de segundo orden; a su rival, la *Cabeza de la Reina*, iban personas más escogidas, los que se tenían por notables en el distrito y los principales labradores; pero tampoco les faltaba allí un saloncito reservado para hablar privadamente de sus asuntos, ó para celebrar reuniones particulares.

Allí se discutía con frecuencia sobre la suerte de la nación, y no pocas veces, en el calor de los debates, exasperábanse los ánimos, promoviéndose altercados que terminaban al fin en el patio á puñetazo limpio.

Los dueños de las granjas y los que se consideraban como principales traficantes hacían mucho ruido en aquel sitio cuando hablaban del precio de los cereales ó de sus apuestas en las carreras, pues el conde estaba lleno de tradiciones de los jockeys célebres y de los caballos famosos. Sir Montague Lewis se distinguía por sus magníficas cuadras, y por tal concepto considerábasele como el rey de la localidad.

El pueblo, ó la ciudad, como algunos querían titularle, se componía de la calle principal, de media milla de longitud, poco más ó menos, y en ella estaban las tiendas principales, habitando allí también todos los médicos, dos abogados y los farmacéuticos. El aspecto de esta calle era muy curioso: las más de las casas, de paredes muy blancas y con tejados rojos, confundíanse con otras recién construidas, con tejados de pizarra y más altas que sus compañeras; mientras que algunos almacenes, brillantes por sus pinturas y sus adornos, contrastaban con el mísero aspecto de las tiendas más antiguas. La calle principal ramificábase en muchas callejuelas ó tortuosos callejones que formaban un verdadero laberinto en el interior.

A pesar de las rencillas de los vecinos de aquella localidad, motivadas comúnmente por la envidia, y de los escándalos que á veces daban, prestábanse mutuo auxilio uno á otro en casos de apuro ó de enfermedad, olvidando generosamente sus odios y enemistades.

En una extremidad de la calle principal, separada tan sólo por un campo, hallábase la estación de la línea férrea; y frente á la Casa consistorial y á la última casa de la calle, encontrábase la posada conocida con el nombre de *Cabeza de la Reina*. En el lado opuesto, en medio de un grupo de casitas con cuatro palmas de jardín cada una, veíase otra posada, que tenía por título *La Oca*, é inútil parece decir que su dueño hacía competencia al de la otra que hemos

citado, y que sus mujeres estaban siempre en guerra. Era llegado el domingo: hombres y mujeres se pusieron sus ropas del día de fiesta para ir al templo, que era el edificio más notable del pueblo, con su maciza torre de color gris y su aspecto venerable; tenía una campana cuyos tañidos imponían respeto por su profunda intensidad, contrastando con el alegre repique de las campanas de otras capillas situadas en la parte más baja del pueblo.

Miguel Hazell acababa de salir del Parque del Conde y pasaba por delante de la Casa consistorial, cuando el herrero, que estaba á la puerta de su tienda, sentado en un banquillo, con un jarro de cerveza junto á sí y su pipa en la mano, le llamó con voz estentórea.

Al oír el grito, el joven detuvo su marcha un segundo, pero después continuó su carrera, contestando sin volverse:

—No puedo detenerme ahora, Darton.

—¡Pero, hombre, replicó el herrero con voz más alta aún, esa yegua se quedará coja, porque se le cae una herradura!

Hazell era muy cuidadoso respecto á sus animales; detúvose al punto, desmontó y pudo ver que el herrero tenía razón.

—Es verdad, dijo acercándose al hombre; hágame usted el favor de sujetar la herradura con un par de clavos, porque voy muy de prisa.

—Dentro de media hora estará corriente, contestó el herrero con mucha cachaza, mientras apuraba parte del contenido de su jarro de cerveza.

Miguel hizo pasar su yegua entre un laberinto de ruedas viejas, arados descompuestos y carretones, y entregó el cuadrúpedo á un muchacho que en aquel momento introducía una barra de hierro candente en un cubo de agua.

Hecho esto, Miguel se internó en el pueblo, muy pensativo y con la cabeza inclinada, y tan distraído, que tropezó con un hombre al revolver de una esquina.

—¡Hola!, gritó aquel individuo. ¿Es usted, Hazell? Paréceme que va muy de prisa.

—Dispense usted; me están esperando. Ya nos veremos.

—¡Pero, hombre, espere usted un minuto! Por poco me derriba usted en tierra, y me ha hecho usted ver las estrellas al pisarme un callo...

—Lo siento mucho..., ha sido un accidente, y le ruego que me dispense; es lo único que puedo hacer.

—Si que puede usted... Hágame el favor de darme su brazo para que pueda llegar á la posada.

Aquel hombre no era otro sino Walton.

Sin contestar una palabra, Miguel accedió, y Tomás, cojeando un poco, le explicó en el camino el percance que acababa de sufrir.

—Soy poco afortunado, dijo Walton; pero es preciso tomar las cosas como vienen. Tuve suerte en el Prado... y en el río también; todo parecía tomar un aspecto más favorable para mí y ya había pescado la más hermosa trucha que jamás he visto, cuando al saltar después sobre una charca me torcí un pie. Hasta que usted me pisó no me había dolido tanto.

—Le enviaré á usted el cirujano, contestó Hazell, que sentía tener la menor intervención en aquel percance y deseaba tener una excusa para separarse de Walton, porque le irritaba verse en cierto modo obligado á permanecer con él.

—Entre usted á beber un vaso de cerveza conmigo, contestó Walton, y entre tanto enviaré al mozo de la posada en busca del médico. ¡Vamos, entre usted!

—Gracias; tengo mucho que hacer.

—Pues al menos, repuso Tomás, acompañeme usted hasta el interior de la posada, porque yo no la conozco.

Miguel abrió la puerta que conducía al patio con impaciente ademán, y después de sentar á Walton en un banco, advióse para retirarse.

—Vamos, Hazell, dijo Tomás en voz baja y con tono sincero; se ha conducido usted bien y no debemos reñir. Muchos jóvenes han cortejado á veces á la misma dama, y esto no impidió que el vencedor y el vencido fueran amigos después. Usted ha triunfado y bien ve que no me enoja.

—No comprendo las bromas de usted.

—A fe mía que no son bromas... Por causa de usted me ha enviado la joven á paseo.

—Y por usted me ha despedido á mí.

—¡Cómo!

Los dos jóvenes se miraron con expresión de asombro; pero Miguel, enojado al principio por creer que Walton se burlaba de su derrota, no pudo dudar de la sinceridad de Tomás y se calmó al punto, comprendiendo que aún podría aclarar alguna cosa.

Walton, conociendo bien al hombre con quien trataba, pensó que no debería mentir, aunque para él

era una máxima que todo hombre puede faltar á la verdad cuando la ocasión lo exige. Las palabras de su interlocutor le habían sorprendido y al mismo tiempo hicieronle concebir una esperanza. Desde un principio habíase resignado con la idea de que Susana Holt debía casarse con Hazell, y ahora este mismo le indicaba que no sería así; debiendo suponer en tal caso que la joven no había hecho más que coquetear con él para asegurar su conquista.

Entonces no pudo menos de reírse de la posición de ambos, y sobre todo de sí propio, por haber dado entera fe á las palabras de Susana.

—Vamos, dijo, las mujeres son el más extraño compuesto de bondad y de travesura, de sentimientos generosos y crueles, de buen sentido y de escaso criterio, de virtudes y de vicios. ¡Qué torpe he sido al no comprender que se proponía agujonearme! Ella...

Miguel le impidió concluir la frase, poniendo su mano sobre el hombro de Walton.

—Mejor será que no prosiga usted, le dijo, si se refiere á ella (no quería pronunciar el nombre de Susana delante de su interlocutor); tiene derecho á elegir á quien le parezca, y quienquiera que sea no toleraré que hombre alguno la critique delante de mí.

Miguel hablaba con mucha gravedad, lo cual fué otra sorpresa para Walton; su amor y su odio eran superficiales; no comprendía que se provocara una cuestión por causa de una dama, ni tampoco que un hombre que acababa de ser desechado por la joven con quien pensaba casarse pudiese llevar á mal lo que de ella se dijese.

—Muy bien, Hazell, contestó; no tema usted que yo falte al respeto á Susana Holt. Yo sabré lo que piensa hacer cuando me vea libre de esta luxación; pero no olvide que usted es quien me ha dicho que le ha desechado.

—También usted me dijo que no lo aceptaba.

—Pues entonces quedamos los dos en libertad de obrar como nos parezca, y en cuanto á mí, estoy decidido á seguir adelante...

Walton se interrumpió para proferir una exclamación de dolor y aplicó una mano á su tobillo.

—Se me olvidaba, dijo Miguel, que necesitaba usted un cirujano, y voy á llamarle ahora mismo. Hasta la vista.

Cuando Hazell estuvo en la calle, respiró con más libertad; lo que Walton le había dicho aliviábale un poco; mas no podía creer que Susana fuese una coqueta. Siempre había visto en ella la mujer de su ideal, modesta, hacendosa, activa para el trabajo y de noble corazón; una mujer que podría hacer feliz al hombre á quien eligiese por compañero.

Sin embargo, á juzgar por lo que Walton decía, hubiera debido creer que Susana era una joven de carácter débil, á quien importaba poco el padecimiento de los demás, mientras que su vanidad quedase satisfecha; que era una mujer egoísta, mundana y hasta tonta.

Miguel desechó este pensamiento, que le parecía ridículo, y aunque le urgían sus propias diligencias en el pueblo, no olvidó enviar un cirujano á Walton.

Tomás, entre tanto, recostándose en un sillón, comenzó á cantar en voz baja, olvidando completamente los percances del día.

V

LA PARTIDA DE AJEDREZ

El proceder de Susana pareció algo extraño en la tarde de aquel día á los que estaban á su alrededor; unas veces hablaba con evidente enojo, sin que se supiera por qué, y otras reía y bromeaba con todos.

Atendió á sus quehaceres como de costumbre, cual si quisiera demostrar que no necesitaba el auxilio ni el consejo de nadie; fué á examinar la vaca enferma, hablando con desprecio de Miguel. Hazell; y se lamentó de no haber llamado al veterinario de una vez, mas no por eso dejó de seguir las instrucciones del joven.

En el prado se mostró muy afable con los trabajadores que tenía á sus órdenes, y cuando hubieron terminado las faenas del día se quedó sola en el prado algún tiempo. Como hacía mucho calor, se quitó su sombrero para servirse de él como de un abanico, y después, poniéndose una mano sobre los ojos á guisa de pantalla, examinó el horizonte. Cuando vió que los reflejos del sol se oscurecían gradualmente, pasando del rojo al anaranjado y al púrpura, y después á un azul íntimo, con algunas líneas que parecían de fuego, dió media vuelta y encaminóse lentamente á la casa.

Las tardes eran por regla general muy tranquilas en la granja. Susana se aseguró de que todo estaba en orden, de que los caballos y el ganado ocupaban

ya las cuadras y los establos, y de que las puertas se habían cerrado. Sara acababa de hacer ya su visita de inspección.

Las dos jóvenes fueron á sentarse junto á una mesa en la sala principal, que estaba casi oscura porque no había más que un quinqué, cubierto con una pantalla verde de grandes dimensiones. Susana y Sara solían reunirse allí todas las noches, y mientras la una se ocupaba en sus labores de mano, la otra leía en voz alta. Así pasaban el rato, algo aburridas con frecuencia, hasta eso de las diez, hora en que se acostaban.

En la noche de que hablamos, Sara cogió su calceta y comenzó á trabajar; Susana buscó su libro, sentóse en el antiguo sillón de su padre, y después de mirar la página fijó su vista en Sara un momento.

—Este libro, dijo, es muy estúpido; trata de unos amantes, y al fin de la historia todos se mueren... No me agradan á mí estas tonterías; bastantes vemos diariamente á nuestro alrededor.

—Pues si no te gusta el libro, dijo Sara, no tienes ninguna necesidad de leerlo.

—Tal vez á ti te agrade...

—A mí sí; esa historia me parece interesante.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque me dices que el fin es melancólico. En la naturaleza, esto es una verdad, porque el fin de nuestras vidas siempre es triste. En cuanto á nosotras, si recordamos nuestro pasado, veremos generalmente que se han realizado muy poco nuestros deseos, ó á veces ninguno, y esto, como ya comprenderás, debe causar tristeza. A mí me agradan las historias melancólicas porque no veo en el mundo nada alegre.

—¡Oh! Eso es decir niñadas, repuso Susana arrojando el libro sobre el sofá. El mundo sería bastante bueno si tomásemos los placeres que se nos ofrecen, sin esperar otros que no pueden realizarse. Esto me hace recordar el cuento de aquella joven que atravesó todo un campo de trigo sin coger una sola espiga, esperando encontrar alguna más grande, y al fin llegó al límite viendo que cada vez eran más pequeñas.

—¿Y qué harías tú, preguntó Sara después de una pausa, si llegaras al fin del campo sin haber cogido tu espiga?

—¡Oh! Yo volvería atrás ó iría á buscar en otro campo.

—Sí, pero tú olvidas, repuso Sara con un tono en que se traslucía cierta irritación, que después de adoptar un género de vida y someterse á ciertas costumbres se hace ya difícil retroceder.

El diálogo tomaba un giro que no era al parecer del agrado de Susana, y contestó á su prima de la manera que le pareció mejor para hacerle comprender que sería inútil argüir con ella.

—Veo, dijo, que eres muy aficionada á particularizar y que no sabes tolerar una broma...

—No, en este momento no estoy de humor.

Susana se levantó con rápido movimiento.

—Voy á ver al tío Job, dijo.

Al oír esto, la expresión de Sara cambió, como si las palabras de su prima la hubiesen causado alegría.

—¿No será demasiado tarde?, preguntó.

—No, apenas son las ocho y media, y él no se acuesta hasta las diez. Puedo estar en su casa de Marshstead dentro de veinte minutos; al buen hombre le gusta jugar una partida de ajedrez conmigo, porque Miguel, según dice, es muy estúpido.

Sara no quiso oponer más objeción, ni propuso tampoco á su prima acompañarla, por temor de que lo llevase á mal.

Susana se puso su sombrero y se arregló en un instante, y un minuto después se encaminaba hacia la casa de Job. Aún era la hora del crepúsculo: el follaje verde de los árboles se oscurecía gradualmente, y sus copas parecían desde lejos masas negras, cuyos fantásticos contornos se destacaban bajo la luz pálida del cielo. En el aire tranquilo resonaban á veces los gritos de las avejillas que se refugiaban presurosas en la espesura para pasar la noche; á intervalos oíase el ladrido de los perros que se contestaban unos á otros desde granjas distantes; y el perfume de los campos, impregnado de las emanaciones del

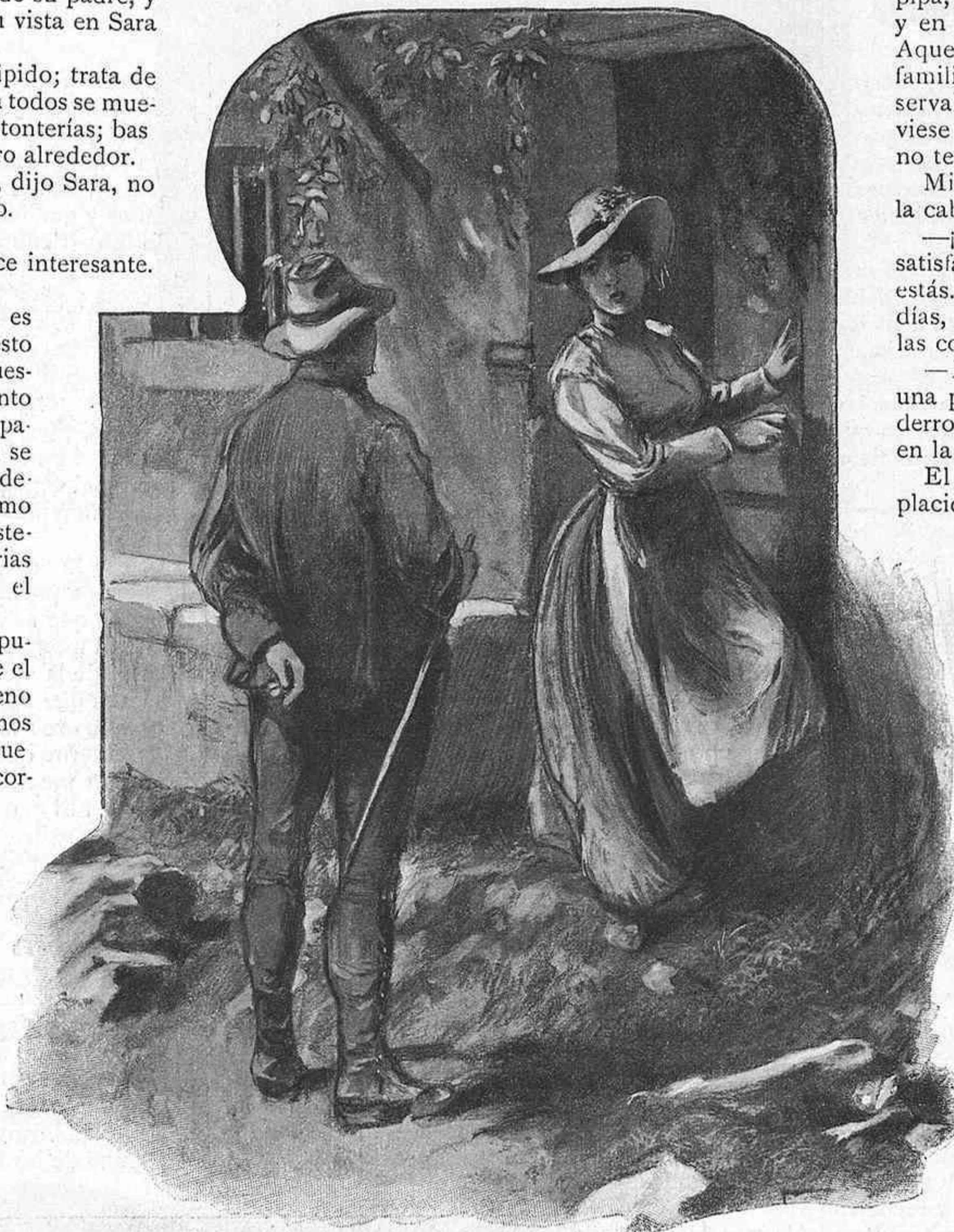
heno, despertaba en el ánimo la idea del dulce reposo.

Al pasar Susana por delante de las casitas de los labradores, que con sus mujeres estaban á las puertas descansando de las faenas del día, todos saludaban á la joven afectuosamente.

—Me parece, dijo uno de ellos después de fijar un momento su mirada en Susana y sacudiendo la ceniza de su pipa, que esta noche habrá tormenta.

Cuando Susana penetró en la pequeña calle que conducía á casa de Hazell, oyó relinchar los caballos en el establo y el ruido de las anillas del pesebre.

En la granja de Marshstead, así como en la mayor



Pero de pronto dió media vuelta...

parte de las del distrito, la puerta no solía estar cerrada más que con pestillo, y así es que Susana pudo penetrar en el interior sin llamar antes. Un mastín se lanzó en el mismo instante fuera de la cocina, ladrando ruidosamente; pero su grito se convirtió en señales de contento al ver á la joven, y comenzó á saltar á su alrededor para acariciarla.

—¡Quieto, Ted, quieto!, dijo la recién venida con dulzura.

Conocía perfectamente la casa de su tutor, y sabiendo muy bien dónde encontrarle, abrió la puerta de la sala, precedida del perro. Sin intención de anunciarse por alguna palabra, había entrado así bruscamente, sin pensar que encontraría tan pronto á quien buscaba.

Miguel estaba sentado, leyendo tranquilamente las últimas noticias del día á su padre, que enfrente de él, recostado en su sillón, con las manos cruzadas y los ojos cerrados, escuchaba ó parecía escuchar, aunque sin duda era lo primero, pues apenas su hijo se interrumpía, abríalos al punto.

Job Hazell, de escasa estatura, había sido en otro tiempo un hombre bastante grueso, pero durante los últimos pocos años comenzó á enflaquecer gradualmente; su rostro, muy colorado antes y de mejillas llenas, parecía demacrado ahora, y surcáronle profundas arrugas, que combinadas con el cabello blanco hacíanle parecer más viejo de lo que en realidad era. Había trabajado mucho desde su juventud; tenía tres hijos muy bien colocados, uno en Australia como ganadero, otro en Virginia y el tercero en Londres; había dotado muy bien á sus dos hijas cuando se casa-

ron, y su hijo mayor, Miguel, debía heredar la granja. Job era bien conocido como uno de los más afortunados arrendadores del distrito, y considerábase á Miguel como heredero de una respetable fortuna.

Habíase terminado la cena, pero aún se veían en la mesa restos, pan, queso, frutas y cerveza. Job tenía á su lado una jarra, muy antigua al parecer, á juzgar por su extraño aspecto y sus curiosos adornos: alrededor de la base tenía varias figuras en tosco relieve, que representaban perros persiguiendo á un ciervo, y cogido de la cola del último, un hombre tocando una bocina; alrededor del centro, varios dibujos representaban un molino, una colmena y un rústico en diversas posiciones, en una de ellas rellenaba su pipa, en otra apuraba el contenido de un vaso y en la tercera fumaba al parecer con delicia. Aquella jarra era una especie de tesoro de la familia; hacía ya varias generaciones que se conservaba en la casa, y á menos de que se le sirviese en ella la bebida, parecía á Job que ésta no tenía sabor alguno.

Miguel interrumpió su lectura y Job levantó la cabeza en el momento de entrar Susana.

—¡Buena chica!, exclamó Job sonriendo de satisfacción; estaba deseando que vinieses y aquí estás. No he jugado una sola partida hace tres días, y me parece que Miguel está leyéndome las cosas más tontas que hay en ese diario.

—Muy bien, tío, contestó la joven; jugaremos una partida, y le aseguro á usted que le voy á derrotar, añadió abrazando á Job y besándole en la frente.

El anciano recibió aquella caricia muy complacido al parecer, y la idea de que su sobrina pudiera ganarle hizo le sonreír.

—Me alegro mucho de que tengas tantos ánimos, muchacha; ya veremos ahora cómo te arreglas para cumplir tu amenaza. Miguel, añadió, tráenos el tablero, que voy á dar una lección á esta chica.

Miguel no había mirado una sola vez á Susana, y ésta lo notó muy bien; pero no se observaba en su expresión la menor señal de enojo, y hubiérase dicho que tenía demasiadas cosas en qué pensar para cuidarse de la presencia de la linda joven. Se levantó tranquilamente, fué á buscar el tablero, que estaba en un armario, y le colocó sobre la mesa, frente á su padre.

—Gracias, dijo Susana sin levantar la cabeza y comenzando á colocar las piezas.

Miguel se inclinó sin pronunciar palabra, y ocupando otra vez su asiento, cogió su diario y comenzó á leer el artículo de fondo.

Susana se interesó muy pronto en la partida con Job, tanto como Miguel en su lectura; sus ojos brillaban, un vivo carmín coloreaba sus mejillas y parecía calcular sus jugadas con tanto interés como si se tratase de perder ó

ganar alguna suma considerable. Reíase cuando podía ocupar alguna buena posición con una de sus piezas, y sobre todo cuando Job se irritaba al ver comprometido el éxito de la partida.

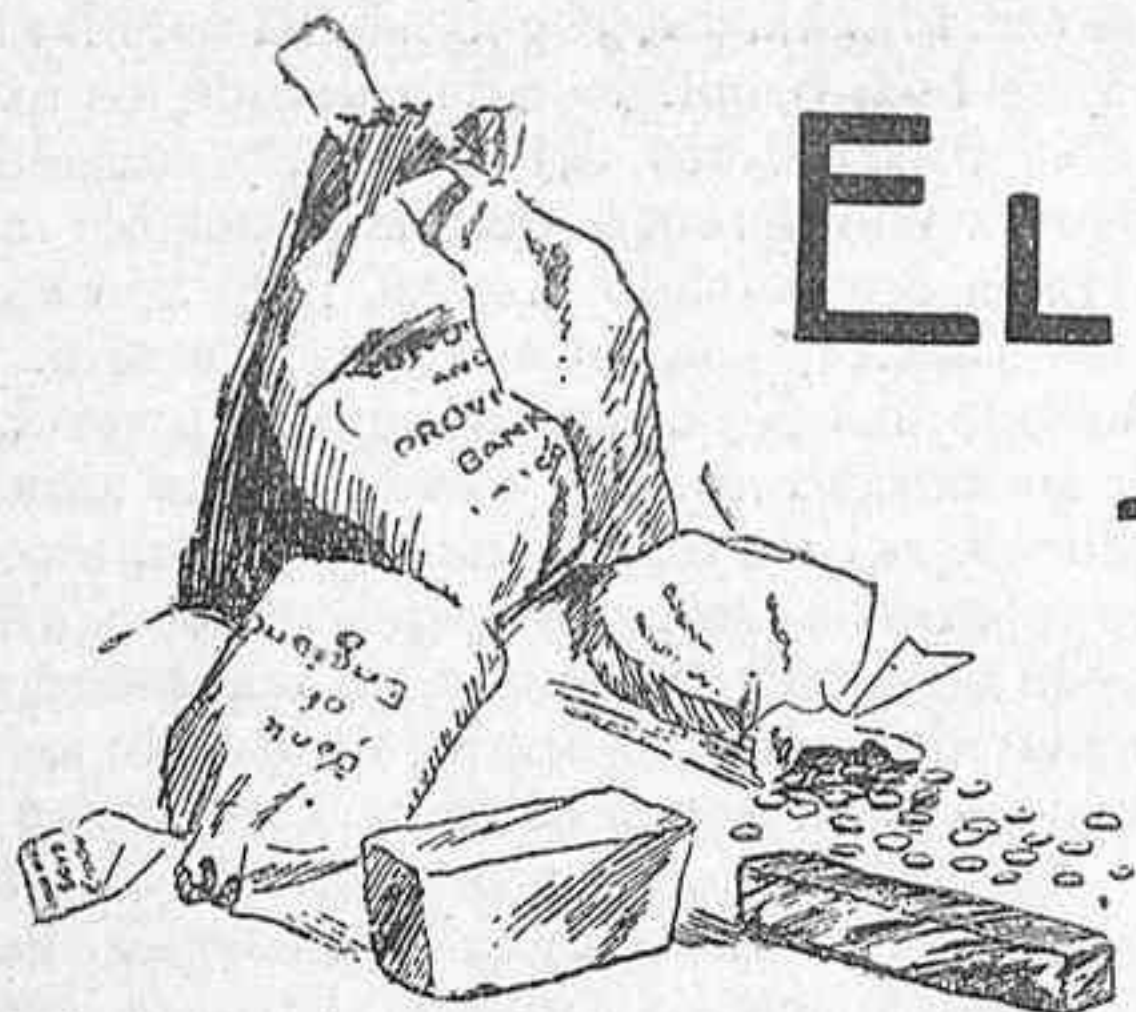
El buen hombre era muy aficionado á jugar, pero cuando perdía irritábase sin poder reprimir su genio; apelaba á todos los recursos para distraer á su contrario, y Susana le había sorprendido más de una vez en el momento de cambiar la posición de una pieza. La joven sonreía, dejándole hacer, y á veces habíale dejado ganar, solamente para complacerse en la satisfacción de su contrincante. El buen Job se reía, apuraba un trago de cerveza, como para recompensarse de su habilidad, y para echarla de maestro, decía á la joven que hubiera podido ganar si hubiese hecho tal ó cual jugada.

La joven conocía muy bien todas sus mañas, y consentía en perder de buen grado solamente para contentar al buen hombre, á quien se apresuraba á pagar los diez céntimos que se cruzaban en cada partida, pues de lo contrario Job los habría pedido al punto.

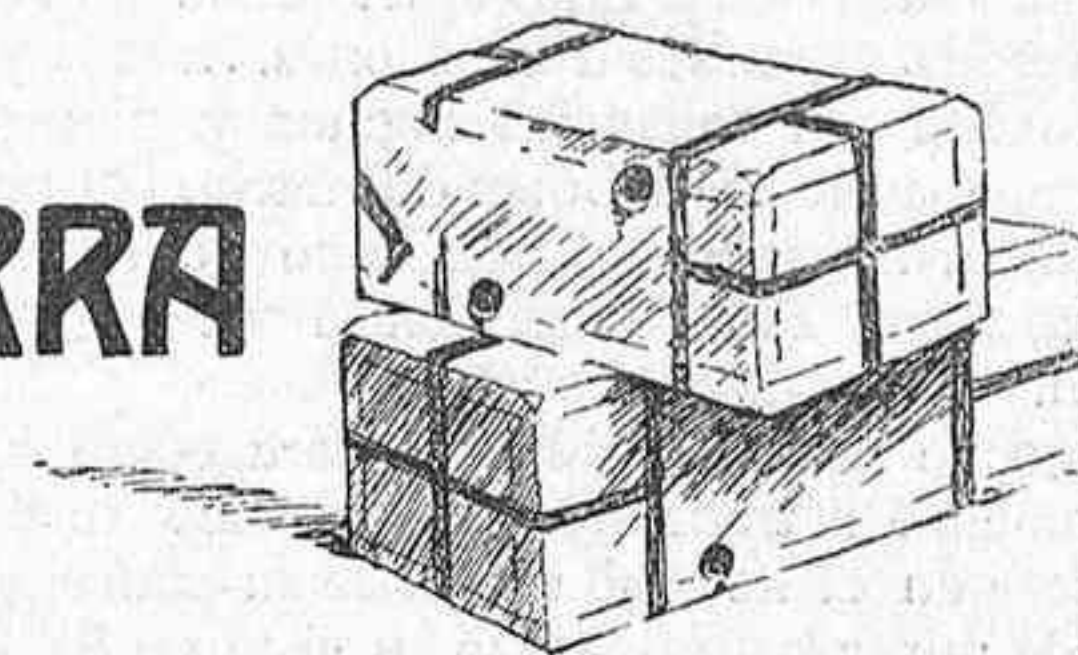
Algunas veces, cuando la joven no podía menos de ganar, daba la casualidad de que Job no tenía ninguna moneda de cobre en el bolsillo; y en la sesión siguiente, ya no se acordaba de su deuda.

Mas aquella noche Susana había llegado con disposiciones hostiles, y en sus ojos notábase cierta expresión maligna, aunque estaba más hermosa que nunca. Había prometido ganar y estaba empeñada en ello.

(Se continuará.)

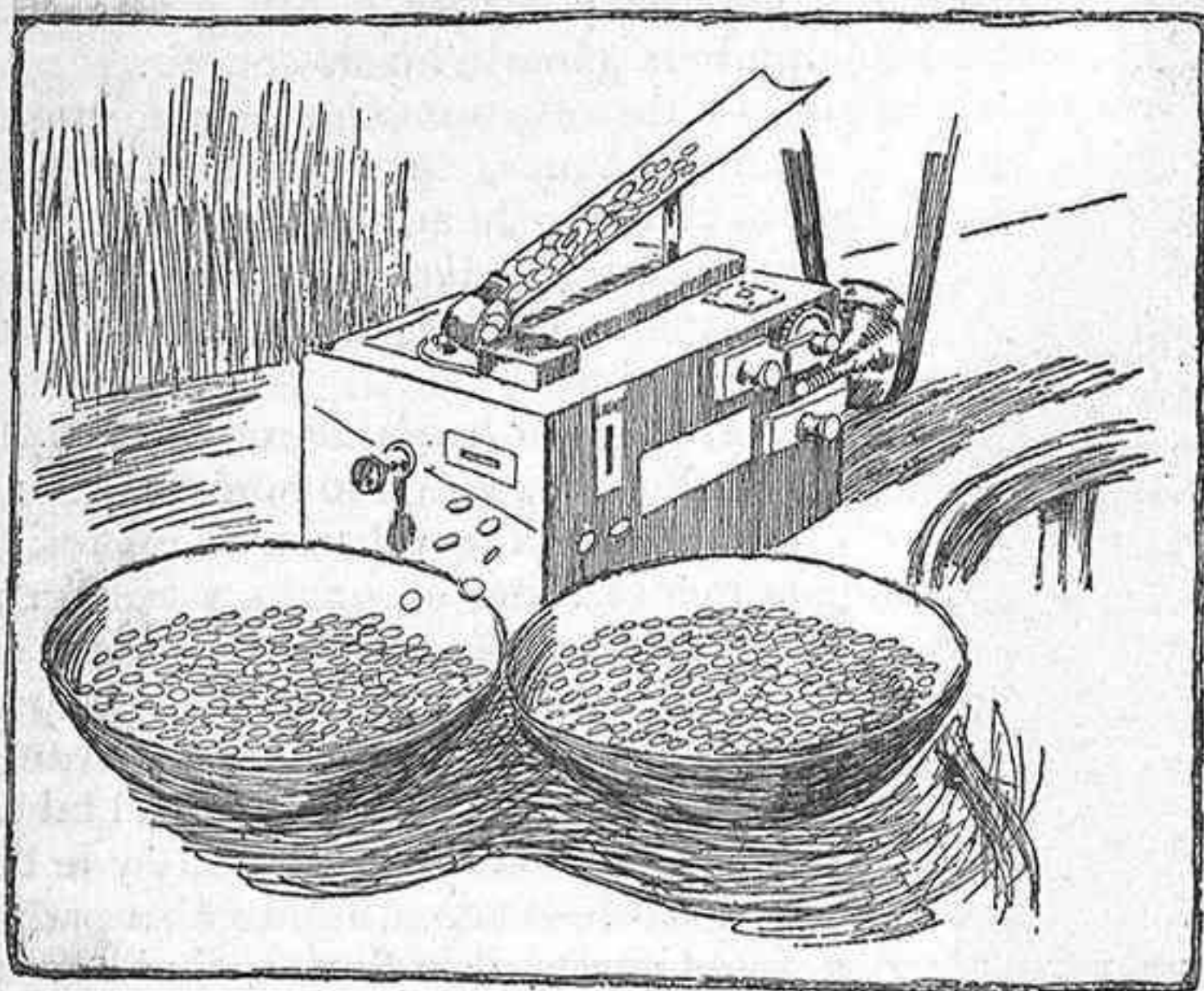


EL ORO EN EL BANCO DE INGLATERRA



Treinta toneladas de oro resplandeciente, encerradas en una sola habitación y que la vista abarca de una sola ojeada, fué lo que contemplé hace pocos días al visitar el Banco de Inglaterra. Hasta á los que están acostumbrados á manejarlo diariamente, como á mi me sucede, les impone la visión de tan inmensa riqueza.

Después de los preliminares de rigor á fin de probar mi identidad al empleado del Banco que debía acompañarme, me llevaron inmediatamente á las bóvedas subterráneas. Al atravesar el patio, lo primero que me llamó la atención fueron las boinas escocesas de terciopelo que llevaban los mozos que manejan las barras de oro. La razón de ello consiste en que aún sobrevive una antigua costumbre: en otros tiem-



Balanza para pesar las monedas de oro.
Esta balanza separa automáticamente las monedas echando á un lado las cabales y á otro las faltas de peso

pos, cuando se comerciaba con oro en polvo, los mozos que lo acarreaban, maquinal ó intencionadamente, solían pasarse la mano por el cabello, y al volver por la noche á casa, se lavaban la cabeza y recogían el rico sedimento que quedaba en la palangana. Para mayor seguridad, hasta en las disposiciones vigentes se previene que los mozos dejen en el establecimiento los trajes con que trabajan, de los que forman parte las boinas escocesas, que ofrecían menos espacio para ocultar los hurtos que ninguna otra clase de cubrecabezas conocida en la época en que se hicieron los reglamentos del Banco. De entonces acá se han inventado otras, pero el Banco no es amigo de innovaciones y continúa con sus boinas escocesas.

Al llegar á las bóvedas, hubo mucho sonar de llaves y dos distintos empleados abrieron las puertas de verjas de hierro. Dentro y dispuestas en semicírculo en torno á la bóveda, veíanse multitud de carretillas cargadas de barras de oro. En cada una había quizás cien, la mayor parte de las que valen mil libras esterlinas cada una y es probable que hubiera de 20 á 30 cargas, número que, como es natural, varía según sea la reserva del Banco. Apilados en el mismo sótano vi muchos sacos llenos de monedas de oro, conteniendo cada uno mil libras esterlinas, y en las estanterías adosadas á los muros otras muchas barras más. Tal vez sean pocos los lectores míos que hayan tenido ocasión de coger en la mano una barra de oro como aquellas ó un saco con mil soberanos; yo les puedo asegurar que ambas cosas son muy difíciles de llevar.

La bóveda llamada de los Directores está situada debajo de la sala principal, en el centro mismo del edificio, sitio que se considera el más seguro. En ella no penetran los que visitan el Banco, porque allí están los depósitos que garantizan la emisión de los billetes, y se la tiene, por lo tanto, como una especie de *sancta sanctorum*. Con referencia á ese sótano se cuenta una antigua historia, de cuya autenticidad, sin embargo, no creo que respondan los jefes del establecimiento. Se dice que una vez logró penetrar en

él un individuo sin que lo advirtieran los vigilantes, entrando por una alcantarilla abandonada. Vió que levantando una losa del piso podía, si quería, robar al Banco su caudal. Afortunadamente era un hombre honrado y se contentó con escribir al director diciéndole que estaba dispuesto á tener con él una conferencia, á media noche de aquel mismo día, en la citada bóveda; aceptó éste y con toda exactitud, á la hora señalada, se abrió momentáneamente la losa y se oyó salir por el hueco el sonido de una carcajada burlona, volviendo luego la piedra á su lugar con la misma presteza con que se había alzado.

En la planta baja del edificio está la tesorería, donde se guardan el metálico y billetes para las transacciones ordinarias, la cual se surte de las bóvedas subterráneas. Vi demostrado prácticamente el reducidísimo espacio que necesitan las monedas de oro, pues al abrirse una pequeña caja de caudales me enseñaron 100.000 libras esterlinas metidas en sacos de á mil y dispuestas para las operaciones del Banco; esta es la cantidad que, por regla general, suelen tener á mano las grandes casas bancarias de Londres. En aquella sola habitación, según me dijeron, había depositados 35 millones de libras en moneda y billetes.

Después me enseñaron el departamento donde se efectúa el peso. No cesa un instante el ruido que hacen las monedas al caer; allí es donde, con frecuencia, tienen que trabajar los empleados en horas extraordinarias. Toda moneda de oro que entra en el Banco de Inglaterra, bien provenga del público ó de otros establecimientos similares, se pesa. Explicado en pocas palabras, el mecanismo es el siguiente: en una especie de canal inclinada se coloca cierto número de dichas monedas, que van cayendo á una balanza, la cual las arroja, echando las completas á un lado, las faltas de peso á otro. Las primeras se ponen otra vez en circulación, las segundas se remiten á la casa de moneda para ser fundidas.

Muchos de los grandes Bancos tienen también aparatos semejantes para su uso particular. La moneda de plata que viene al Banco no se pesa, sino que á mano se separan las que á la vista

están gastadas y se las manda á la casa de moneda, como las de oro faltas de peso. En el Banco de Inglaterra no se guardan grandes cantidades de plata; no recibe cada día de los banqueros de Londres sino una suma señalada; por eso sucede que algunas casas de banca y sus numerosas sucursales tienen á veces superabundancia de moneda de plata, que venden á ciertos negociantes de Londres, que se ocupan en contarla y separarla en cartuchos de papel de á cinco libras esterlinas, que á su vez guardan en sacos de tela á razón de 100 libras en cada uno. Lo mismo se hace con la de cobre.

Al pensar en tanta riqueza, no puede uno menos

de preguntarse: ¿cómo ha llegado hasta allí todo aquel precioso metal? ¿Cómo podría averiguarse su historia desde el principio?

En primer lugar, al salir el oro de la mina lo convierten en barras groseramente hechas de diferentes tamaños y que rara vez pesan más de mil onzas una. Cada mina tiene su tamaño propio. Después las embarcan dirigidas al Banco de Inglaterra que, por conveniencia y para ponerse en situación de poder apreciar mejor la cantidad de oro que entra anualmente en la nación, consiente en servir de centro para su distribución á todos los compradores. La seguridad de su transporte corre á cargo de las compañías aseguradoras, pues nadie viene escoltándolas. A bordo las colocan en lugar preparado *ad hoc*, contiguo á la cámara del capitán; cuando viajan en ferrocarril, van en unos furgones de acero que se agregan á los trenes correos.

El oro lo compran principalmente los corredores de metales preciosos y los refinadores en la misma forma en que se adquieren los demás artículos que vienen al mercado. Su precio lo regulan las leyes ordinarias de la oferta y la demanda. Veamos las transacciones que tiene que efectuar un corredor que ha comprado oro á los dueños de minas. Desde el Banco de Inglaterra que ha tenido la condescendencia de admitirlas provisionalmente, se llevan las barras á la fundición. El corredor paga desde luego á los mineros unos siete octavos próximamente del valor aparente de la compra y más tarde el resto, según la liquidación que se practique. Cuando por primera vez llega á Inglaterra el oro, no viene puro, las barras varían en su calidad y traen cantidades desconocidas de otros metales; y como esto lo sabe el corredor, envía las barras á la fundición y á los ensayadores á fin de averiguar la proporción de plata y oro puro que contienen. Al llegar á la fundición se pesan y derriten y se vuelven luego á pesar, anotándose escrupulosamente la pérdida que han sufrido, representada por una pequeña cantidad de escoria.

De una de las barras que parezca ser de buena ca-



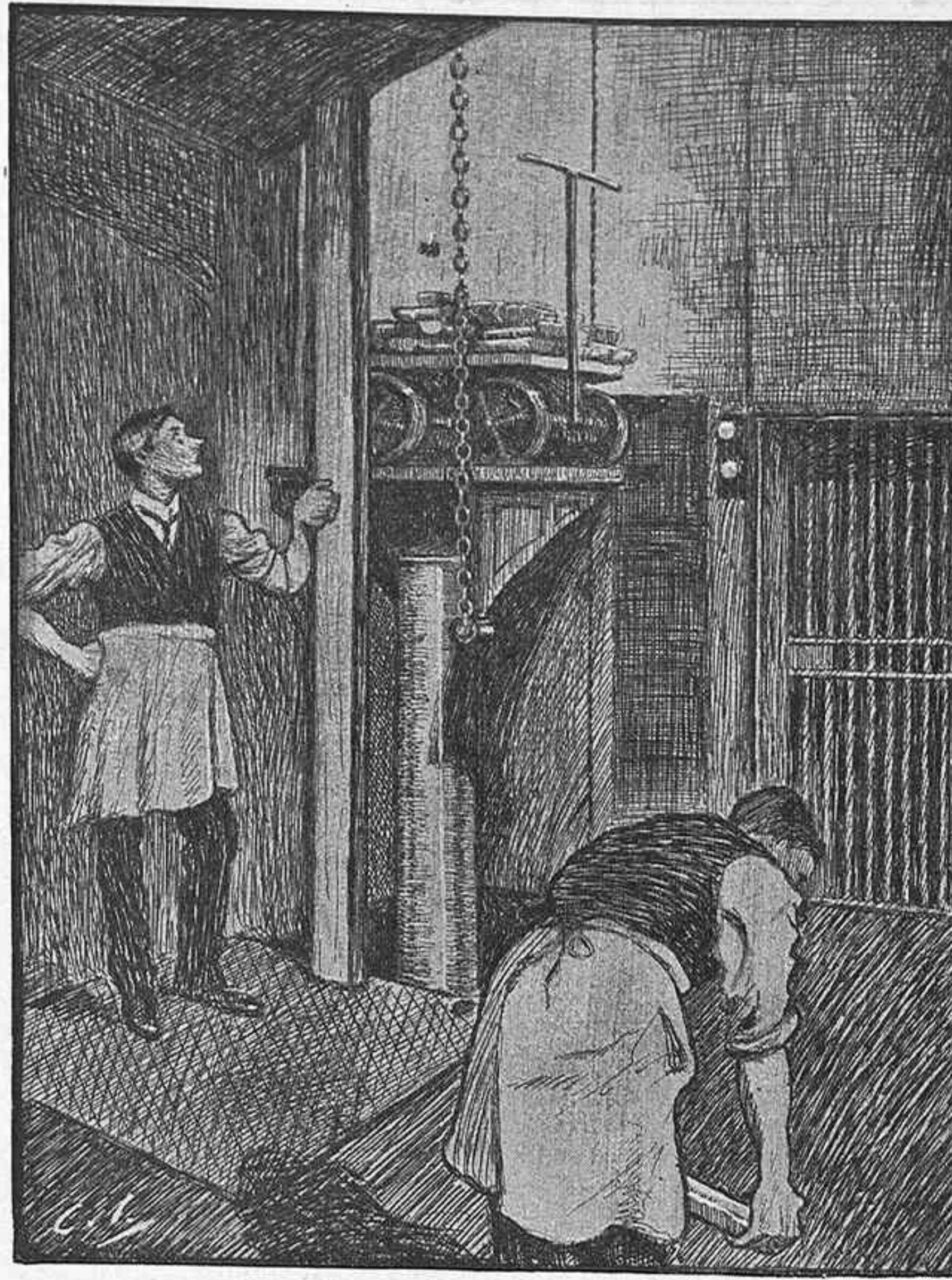
Fundición del oro en las refineras

lidad, se desprende un pedacito, que se manda al ensayador para que compruebe la cantidad exacta de oro puro que contiene, lo que se averigua derritiendo

la muestra junto con tres veces su peso de plata y poniendo luego el todo en ácido nítrico, que disuelve la plata, dejando intacto el oro. Suele á veces ser del tamaño de una cabeza de alfiler el pedacito de oro puro que se ha extraído de la muestra que ha de servir de prueba y que se coloca en unas balanzas de tal modo construídas, que pueden apreciar el peso de un cabello. Como antes de ser ensayado se pesó el pedacito que se desprendió de la barra, fácil es deducir la proporción exacta de oro puro que ésta contiene. Cuando se trata de una aparentemente de calidad inferior, varía un poco el procedimiento. El oro mezclado con otros metales, en unas barras sale á la superficie, en otras desciende al centro; por lo tanto no nos daría un resultado exacto la manera de operar descrita; para que lo sea se revuelve mucho la masa líquida de la barra durante la fundición y se aparta de ella una pequeña cantidad, que se somete al mismo procedimiento antes indicado.

Los fundidores envían luego las barras á los refinadores, quienes extraen de ellas toda la plata y oro puros. Entonces es cuando se liquida la cuenta entre los corredores y los propietarios de minas, tomando por base el peso y la proporción de oro y plata que han hallado los ensayadores.

Los refinadores entregan las barras de oro puro á los corredores, los cuales las venden, bien al Banco de Inglaterra, á los banqueros extranjeros establecidos en Londres ó tal vez las embarcan para el continente de Europa ó de América. Cuando el Banco de Inglaterra ha sido el comprador, las vuelve á vender si la situación del mercado lo requiere, ó las guarda como reserva. Como dicho establecimiento es directa ó indirectamente el banquero de todos los de igual índole de la nación y puede, por lo tanto, apreciar perfectamente la situación monetaria, convierte parte de esas barras en moneda, que se acuña, como es consiguiente, en la casa de moneda nacional; siempre que así lo creen conveniente sus directores. Tal vez la generalidad de las personas no sepan que cualquiera puede llevar oro á la casa de moneda para que se lo acuñen gratuitamente, pero teniendo que esperar por



Extracción de las barras de oro depositadas en los sótanos del Banco de Inglaterra

riguroso turno de antigüedad. Nadie se prevalece nunca de ese privilegio, pues no hay en ello interés, teniendo que tomar turno después del Banco de Inglaterra, y por lo tanto, que aguardar mucho tiempo.

De la casa de la moneda vuelve el oro al Banco para ser de allí distribuído por todo el país. Los banqueros de Londres sacan de él el que necesitan en sacos de á mil libras esterlinas, que van á buscar sus respectivos cajeros, acompañados de uno ó más mozos, porque un hombre solo todo lo más que pue-

de cargar son 8.000 libras esterlinas. Los Bancos de menor importancia distribuyen el dinero en sacos de á cien libras esterlinas, y después de dejar el que necesitan para los negocios del establecimiento principal, reparten el resto entre sus sucursales. Los Bancos, por lo general, tienen sus vehículos propios para distribuirlo dentro de la ciudad; pero si se trata de sucursales establecidas en las afueras, suelen los cajeros de éstas venir por el que necesitan al establecimiento principal. El que remiten á otras poblaciones va por ferrocarril, sin vigilantes, pero asegurado.

Sucede á veces que el oro en barras sube mucho de precio; en ese caso los corredores compran moneda extranjera. Sólo son cuatro las naciones que exportan la suya corriente: la Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos de América, y exceptuando en la primera, se ponen siempre todos los obstáculos posibles á su salida.

La moneda se compra y vende al peso y no se la ensaya, porque es conocida la liga que tienen las monedas extranjeras. Rara vez llega á fundirse esa moneda, sino que se la deposita en el Banco de Inglaterra como oro en reserva. Sir Félix Schuster, en un artículo publicado recientemente sobre esta materia, dice que la reserva de oro de dicha nación, en diciembre de 1906, ascendía á unos 33 millones de libras esterlinas, mientras que las responsabilidades de todos los Bancos del Reino Unido excedían de 800 millones.

Como dicha reserva era en 1844 de 14 millones, deduce el articulista que el aumento que de entonces acá ha tenido es del todo insuficiente, comparado con el que en el mismo espacio de tiempo han adquirido las responsabilidades de los Bancos.

No es un mito el que pueda agotarse el metálico de un país. Ya ha ocurrido en Inglaterra en 1839, en tiempo en que existía la libertad de emitir papel, y únicamente pudo evitarse la bancarrota nacional contratando un gran empréstito en metálico con Francia.

CARLOS INCE.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES

B. St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Catástrofe ferroviaria ocurrida el 24 de agosto último en Coutras, en la línea de París-Burdeos.

(De fotografía de Carlos Trampus.)

Cerca de la media noche del 24 de agosto último, ocurrió una catástrofe á 600 metros de la estación de Coutras, situada á cincuenta kilómetros de Burdeos. El expreso Burdeos-París, al tomar la aguja de aquella estación, se desvió y fué á chocar con un tren de mercancías que maniobraba en otra vía. El choque fué espantoso; las dos locomotoras y los ténfers volcaron y los vagones, topando unos contra otros, quedaron destrozados. Inmediatamente acudieron los empleados de Coutras, quienes procedieron á la extracción de los cadáveres y al salvamento de los que aún estaban con vida entre los escombros, tarea en la que les ayudó mucho el doctor Enrique Rothschild, quien llegó casualmente

en el rápido de París, acompañado de otros dos médicos, con los cuales, como es sabido, marchaba á Africa para ponerse al frente de una ambulancia de Casablanca.

De la catástrofe resultaron nueve muertos y veinte heridos, algunos de suma gravedad.

El ministro de Obras Públicas M. Barthou, que se hallaba en Villers, en donde veranea su familia, al tener noticia del suceso partió en seguida para París y de allí para Coutras, en donde inspeccionó el lugar en que se había producido el accidente y visitó en el hospital á los heridos. Al día siguiente trasladóse á Burdeos, visitando también á otros que habían sido transportados al hospital de San Andrés.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronguitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.



PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrían y C.ª, Puertaferri, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago* y de los *Intestinos*, *Convalecencias*, *Continuación de Partos*, *Movimientos febriles* é *Influenza*.

Callé Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los diente, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.